¡ME LO DABA EL CORAZÓN!

CUATRO ACTOS, DE

HONORIO MAURA

La Farsa

50 cénts.

Cubierta de este número:

Loreto Prado

y

Enrique Chicote

en una escena de

Me lo daba el corazón

7025

ME LO DABA EL CORAZON

HONORIO MAURA

ME LO DABA EL CORAZON

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

Estrenada el día de 19 noviembre de 1930, en el Teatro Cómico, de Madrid.

DIBUJOS DE MERLO

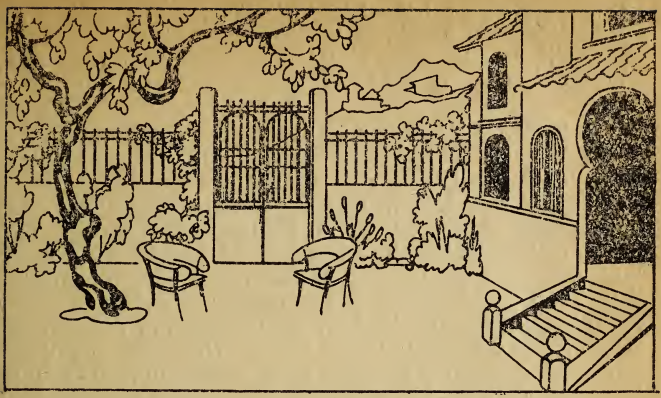
LA FARSA

AÑO V | 3 DE ENERO DE 1931 | NUM. 173

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Martirio	Loreto Prado.
Socorro	Consuelo Nieva.
Cirila	Carmen L. Solís.
Modesta	Julia Medero.
Milagros	Luisa Melchor.
La tía Casilda	Josefina Infiesta.
Fidela	Pepita del Cid.
Cristina	Emilia del Cid.
La guardesa	Amalia Anchorena.
Marichu	María López.
Lola	Natividad Rodríguez.
Don Jacinto	Enrique Chicote.
Gorito	Julio Costa.
Don Pascual	Francisco Aguirre.
Isidorín	Francisco Melgares.
Estanislao	José Lucio.
Ricardito	José Cuenca.
Un guardia	Rodolfo Recober.
Paramount	José Sampietro.
Un mozo	José Delgado.
Pepín	Juan Gómez Romero.



ACTO PRIMERO

El jardín de una "Villa" modesta en un pueblo de la Sierra cercana a Madrid (Mirasierra). A la derecha el hotelito. Escalinata de piedra puerta, dos ventanas. Al fondo, panorama de la Sierra de Guadarrama. Una verja, sillas. Sombilla grande en una mesa redonda. Por la tarde a primera hora, entre cuatro y cinco de un día de verano.

(Al levantarse el telón, la escena está desierta. A los pocos minutos, por la calleja que da a la verja de la villa, aparece DON JACINTO, un cura de alguna edad, vestido como la generalidad de los curas de pueblo, pero limpio y correcto. Sotana con capita y bonete blando. Un gran paraguas gris, que hace de sombrilla. A la puerta del hotel, se despide de un aldeano que le acompaña con las siguientes palabras:)

DON JACINTO.—Y si eso no bastara, ponla unas compresas frías de vinagre...

ALDEANO.—Por modo que desque se levante, la medicina y luego los baños de cal..., y luego las compresas..., y luego...

DON JACINTO.—Y luego..., lárgate que ya va siendo mucha consulta y yo tengo que hacer...

ALDEANO.—Bueno, señor cura, pues no le molesto más, pero pásese mañana por allí...

DON JACINTO.—Pasaré... Que Dios os bendiga... (*El Aldeano*

671137

desaparece por la calleja. Don Jacinto entra en el jardín, mira alrededor. Nadie. La puerta de la casa está cerrada. Una ventana entreabierta. Don Jacinto se seca el sudor de la frente. Cierra la sombrilla y luego, como quien sabe lo que hace, dice:)

DON JACINTO.—¡Alabado sea Dios!...

UNA VOZ DE MUJER.—(*Contesta desde la ventana.*) ¡Dios le ampare, hermano!

DON JACINTO.—(*Sonríe. Una pausa. Otra palmadita.*) ¡Ave María Purísima!... (*Silencio.*) ¡Bendito y alabado sea el Señor!... (*Silencio. Más alto.*) ¡La paz del Señor sea en esta casa!... (*Silencio.*) Bueno, pues se me acabaron las jaculatorias... Vamos a tener paciencia unos minutos y después intentaremos otro sistema. (*Se sienta, deja la sombrilla sobre la mesa parasol, saca un breviario y se pone a leer. Por la izquierda, viniendo del fondo del jardín aparece una DONCELLITA bastante mona. Trae algunas prendas de ropa de señora, recien lavadas. Al ver a Don Jacinto no puede retener un grito.*)

DONCELLA.—¡Ay!... ¡¡Un cura!!

DON JACINTO.—(*Bondadoso.*) Sí, hija, sí... Un cura... ¿Qué pasa?... ¿No has visto nunca un cura de cerca?...

DONCELLA.—(*Azorada.*) Usted perdone..., padre... Es que así de pronto, yo no me esperaba...

DON JACINTO.—Estás perdonada... ¿Qué cargo ocupas en esta casa?... ¿Cocinera? ¿Primera doncella? ¿Segunda?... ¿Doncella para todo?...

DONCELLA.—Primera doncella para servir a Dios y a usted.

DON JACINTO.—Muchas gracias, hija..., pero con que sirvas a tus señores como Dios manda, ya es bonito... ¿Tu señor está en casa?...

DONCELLA.—Me parece que sí. Durmiendo la siesta...

DON JACINTO.—Pues entonces no digas nada. Esperaré. Cuando despierte dile que está aquí el señor cura del pueblo que desea verle.

DONCELLA.—Muy bien..., pero si quiere... se lo puedo decir ahora mismo...

DON JACINTO.—No, cuando se despierte. (*La Doncella va a entrar en el hotelito.*) ¡Ah! ¡Oye!... ¿Cómo se llama tu señor?

DONCELLA.—Don Pascual Barciela.

DON JACINTO.—¿Venís de Madrid?

DONCELLA.—De Madrid venimos...

DON JACINTO.—¿Y habéis llegado?...

DONCELLA.—Hace dos días. ¡Hacía un calor!... Aquí se respira...

DON JACINTO.—¿Verdad? Bueno, anda..., y que Dios te bendiga...

DONCELLA.—¿Pero de veras no quiere que avise al señor o a las señoritas?...

DON JACINTO.—¿Hay señoritas?

DONCELLA.—Dos... Es decir, una... ¡Porque la otra!...

DON JACINTO.—¿Qué le pasa a la otra?

DONCELLA.—¡Si supiéramos lo que le pasa!...

VOZ DE MARTIRIO.—¡Fidela!... ¿Subes las medias, sí o no?...

DONCELLA.—Ahora mismo, señorita...

DON JACINTO.—¿Esa es la otra?...

DONCELLA.—La misma... La señorita Martirio... Tiene más bien puesto el nombre...

VOZ DE MARTIRIO.—¡Fidela!... O subes o bajo yo... Apostaría a que estás hablando ya con tu novio...

DONCELLA.—Señorita... Si hace dos días que hemos llegado, como voy a tener novio...

MARTIRIO.—(*Asomándose a la ventana sin ver a Don Jacinto, que está debajo del parasol.*) ¿Pues entonces, con quién hablas? (*Martirio puede tener lo mismo treinta que cuarenta años. Muy mal genio.*)

DONCELLA.—Con una visita, señorita Martirio...

MARTIRIO.—¿Con una visita?... ¿Para quién?

DONCELLA.—Para el señor...

MARTIRIO.—¿Qué aspecto tiene? ¿Es un señor de luto?

(*Don Jacinto ríe y hace señas a la Doncella de que diga que sí.*)

DONCELLA.—Sí, señorita... Mejor dicho, no, señorita. Va de negro, pero no está de luto...

MARTIRIO.—¿Quieres no decir tonterías?... Si va de negro, está de luto. ¿Lo has pasado al salón?...

DONCELLA.—No señorita, está aquí, en el jardín...

MARTIRIO.—¿Dónde?

DONCELLA.—Aquí, debajo del parasol...

MARTIRIO.—Podías haberlo dicho antes... ¿De modo que nos ha estado oyendo?

DON JACINTO.—(*Saliendo y saludando.*) Todo, pero no tiene importancia..., señorita.

MARTIRIO.—(*Como antes Fidela.*) ¡Un cura!... (*Cierra la ventana.*)

DON JACINTO.—Sí, señorita. ¡Un cura!... Por lo visto esta es una de las casas en que el eclesiástico... es un número sensacional...

(*La Doncella entra. Don Jacinto vuelve a sentarse en su silla. A los pocos momentos, por la puerta del hotelito sale SOCORRO, la hermana de Martirio. De veinticuatro a veinticinco años, monilla, de bastante buena facha.*)

SOCORRO.—Buenas tardes, padre... Papá me encarga que le diga que espere un momento que en seguida baja... Estaba durmiendo la siesta...

DON JACINTO.—¿Para qué le han despertado?

SOCORRO.—Han sido las voces de Martirio...

DON JACINTO.—¿Tú eres su hermana?...

SOCORRO.—Sí, señor...

DON JACINTO.—¿Tú eres la mayor?

SOCORRO.—La menor...

DON JACINTO.—Bien hombre, bien... ¿Y qué?... ¿A pasar aquí el verano?...

SOCORRO.—Eso parece...

DON JACINTO.—¿No conocíais esto?

SOCORRO.—No. Otros veranos solíamos ir al mar... Pero los médicos han dicho que para Martirio era mejor esto...

DON JACINTO.—¿Qué es lo que tiene Martirio?...

SOCORRO.—En el fondo, no lo sabe nadie. Ni los médicos, ni ella misma... Tan pronto está alegre como triste... Neurasténica... Abusa del cine...

DON JACINTO.—¿Cuantos años tiene?

SOCORRO.—(*Mirando con recelo a la ventana de Martirio.*) Va a cumplir los treinta y cuatro años, pero sólo confiesa veintiséis, y como esos son los que tengo yo, para guardar las distancias me he plantado en veintitrés...

DON JACINTO.—¿Tiene novio Martirio?

SOCORRO.—No...

DON JACINTO.—¿No es guapa?...,

SOCORRO.—Muy guapa, muy guapa, no... Pero además, hoy en día, los hombres están tan escasos...

DON JACINTO.—¿Y tú?..., ¿tienes novio?

SOCORRO.—(*Orgullosa.*) Yo, sí..., pero en secreto, porque si mi hermana se entera que tengo novio antes que ella...

DON JACINTO.—¿Y qué es tu novio?

SOCORRO.—Médico.

DON JACINTO.—¿De pueblo?

SOCORRO.—De Madrid.

DON JACINTO.—¿Célebre?

SOCORRO.—Para mí, más que Marañón.

DON JACINTO.—¿Y para los enfermos?

SOCORRO.—Hasta ahora no ha asistido más que a dos.

DON JACINTO.—Por algo se empieza. ¿Y con éxito?

SOCORRO.—Uno se le murió... Tenía ochenta y dos años...

DON JACINTO.—¡Vaya por Dios! ¿Y el otro?

SOCORRO.—El otro se puso bueno a los dos días...

DON JACINTO.—¡Eso es peor!...

SOCORRO.—¿Por qué?

DON JACINTO.—Hombre, para un médico... que tiene pocos enfermos, lo peor que le puede pasar es que sanen.

(*Sale del hotel DON PASCUAL BARCIELA. El tipo del burgués madrileño. Unos cincuenta y cinco años. Viene con cara de sueño, sin cuello.*)

SOCORRO.—Aquí está papá...

(*Don Jacinto se levanta. Don Pascual sin gran amenidad le saluda. Socorro, con disimulo, se escabulle dentro del hotel.*)

DON PASCUAL.—Siéntese, siéntese, señor cura...

DON JACINTO.—Usted perdone que haya venido a molestarle, pero es en mí una costumbre arraigada venir a visitar a mis feligreses de verano, al segundo o tercer día de su llegada.

DON PASCUAL.—(*Sin convicción.*) ¡Ah!

DON JACINTO.—Aunque me esté mal el decirlo, yo en este modesto pueblo de Mirasierra soy algo más que el cura...

DON PASCUAL.—¿Ah, sí, eh?...

DON JACINTO.—Sí, señor... Soy una especie de sucursal del Espasa... Con la gente del pueblo, en invierno, hago de médico, aquí no lo hay más que en verano, de boticario, de maestro, de amanuense; todos los oficios habidos y por haber... Y con la colonia veraniega soy el amigo, el confidente, el tercero de que se echa mano para un tresillo, el cuarto para un tute, el quinto para una partida de caza...

DON PASCUAL.—¿Hay mucha por aquí?

DON JACINTO.—Codornices no faltan... Algún conejillo que otro..., tal cuál perdigocha... y mucho ganso...

DON PASCUAL.—¿Salvajes?...

DON JACINTO.—¡Vaya! Mitad y mitad... Los pollitos de la colonia... Hay cada ejemplar... ¿Usted es aficionado a la escopeta?

DON PASCUAL.—Yo no...

DON JACINTO.—Otros años iban ustedes al mar, ¿no?

DON PASCUAL.—Sí, a Laredo... Tengo allí una finquita...

DON JACINTO.—¿A Laredo? ¿Es usted de aquella tierra?...

DON PASCUAL.—Mis padres eran de allí... Yo me eduqué en Santander...

DON JACINTO.—¿En dónde, si no es curiosidad?...

DON PASCUAL.—En un colegio que tenía un tal don Martín...

DON JACINTO.—¿En la Rampa de Cañadío?...

DON PASCUAL.—Exacto. ¿Lo conocía usted?

DON JACINTO.—(*Que se va animando.*) ¿Recuerda usted en qué año?

DON PASCUAL.—Debió ser del 85 al 90...

DON JACINTO.—Había un chico muy travieso que era un artista volcando las herradas que llevaban las mujerucas sobre la cabeza...

DON PASCUAL.—¿Que un día descalabró a un guindilla de una pedrada?...

DON JACINTO.—Que mataba los gatos con un tiragomas...

DON PASCUAL.—¿Cómo se llamaba?... ¿Cómo se llamaba?... ¡Ah!, sí, Jacinto... Nosotros le llamábamos Cinto... y Barrabás...

DON JACINTO.—Exacto... Barrabás... (*Levantándose y abrazándole.*) ¡Pascualuco!... ¿No me reconoces?

DON PASCUAL.— Pero, ¿cómo?... ¿Usted es Barrabás? (*Se abrazan otra vez.*)

DON JACINTO.—¡Este cura!... Sí, señor... ¡Pero quién nos iba a decir!... Desde que has salido por esa puerta yo no he dejado de pensar: Este señor y yo hemos hecho alguna judiada juntos..., pero no podía recordar dónde...

DON PASCUAL.—¡Mira que Barrabás... cura!... ¡Mira que Cinto con sotana!...

DON JACINTO.—¡Y de los buenos!... No es porque esté yo delante, pero si hubiera muchos como yo mejor andarían las cosas... ¡Vaya con Pascualuco!... ¡No sabes qué contento estoy!... Ya verás, aquí lo pasarás bien... Esto es muy sano, y si no tienes grandes pretensiones, entretenido... Y a tu chica le sentará bien. Estos aires de la sierra son magníficos...

DON PASCUAL.—Yo no sé si lo que tiene mi chica se curará con estos aires...

DON JACINTO.—¿Pues el qué padece?...

DON PASCUAL.—(*Después de mirar hacia arriba por precaución.*) Mira, a ti te lo puedo decir... Ella ha sido siempre un poco agria porque la pobre no fué nunca muy agraciada... En eso sale a su madre..., que Dios haya perdonado... Martirio, como te digo, fué siempre áspera. pero desde hace unos me-

ses se ha vuelto inaguantable... La han visto dos o tres médicos, y todos me han dicho lo mismo: "Cásela usted". ¡Figúrate!... Con lo difícil que es hoy casarse...

DON JACINTO.—Los médicos son muy graciosos. En cuanto una chica tiene mal color o mal genio, o no come, o no duerme... en seguida recetan: "Hay que casarla". Como si dijeran: "Que tome ricino".

DON PASCUAL.—Eso digo yo... Yo lo que quisiera es que me dijeran dónde se encuentran los maridos. Y cuidado que mis hijas no se puede decir que vayan desnudas. Sobre todo Martirio, que el día de mañana tendrá unos sesenta mil duros, porque acaba de heredar algo de su madrina... Pero que si quieres... Nadie la dice nada...

DON JACINTO.—Es que los pretendientes no sabrán eso...

DON PASCUAL.—Hombre, no la voy a poner un cartelito en el cuello que diga: "¡Aquí donde me veis, el día de mañana tendré sesenta mil duros, conque animarse!... Pero, desengáñate, que esas cosas los interesados siempre las averiguan...

DON JACINTO.—¿Y quién te ha recomendado esto?

DON PASCUAL.—La mujer de Melero, un amigo mío... ¿Le conoces?

DON JACINTO.—¿No he de conocerle? Hemos casado aquí cuatro de sus once vástagos...

DON PASCUAL.—Eso me ha dicho... ¿Y cómo os habéis arreglado?...

DON JACINTO.—Milagros que hace uno... Pero, además, quiero ser justo... Es cierto que yo hago lo que puedo cuando se presenta un caso de éstos, pero tengo que reconocer que estos aires me ayudan...

DON PASCUAL.—¿Los aires?

DON JACINTO.—Sí, estos peñascales y estos pinares emanan un atmósfera de radioactividad que influye en el organismo... Aquí el novio se da muy bien...Tan bien, que con los mozos del pueblo tengo que andar con cinco ojos para que no se me adelanten, y en cuanto las mieses levantan más de una vara del suelo y veo una pareja por las afueras del pueblo más de dos veces, les arreglo los papeles y quieras que no, ¡zas!... los unzo para siempre...

DON PASCUAL.—¿Pero con los de fuera... no podrás hacer eso?

DON JACINTO.—Con los de fuera..., según...; para eso soy un artista Yo lo único que puedo decirte es que tengo perpetra-

dos más de 125 matrimonios entre gente de la colonia... en menos de diez años..., ¡y que Dios me perdone!...

DON PASCUAL.—Pero eso es un récord...

DON JACINTO.—Como tu hija no sea un caso desesperado... cuenta con la boda.

DON PASCUAL.—¿De veras?

DON JACINTO.—¡Cuando yo te lo digo!...

DON PASCUAL.—Tú no sabes lo que yo te agradecería...

DON JACINTO.—¿Es lista?

DON PASCUAL.—¡Un cohete!...

DON JACINTO.—Entonces vamos bien... ¿Buenos sentimientos?

DON PASCUAL.—¡Un corazón de oro!..., envuelto en púas, pero... de oro.

DON JACINTO.—¡La caso!...

DON PASCUAL.—¡Dios te oiga!...

DON JACINTO.—¡Ah, se me olvidaba!... ¿No será muy gorda?

DON PASCUAL.—No..., regular... ¿Por qué?

DON JACINTO.—Porque me cuesta mucho más trabajo casar una gorda que tres delgadas..., y en pasando de los setenta kilos ya no me comprometo a nada...

DON PASCUAL.—Puedes estar tranquilo. No llega a sesenta...

DON JACINTO—¡Entonces. adelante!... Por supuesto. tú tienes que ayudarme...

DON PASCUAL.—¿Cómo?...

DON JACINTO.—Organizando verbenas, excursiones en burro..., piques-niques..., lo que yo te diga...

DON PASCUAL.—Estoy a tus órdenes...

DON JACINTO.—Pues anda..., llámala.

DON PASCUAL.—¡Martirio! (*Más alto.*) ¡Martirio! (*Nada.*) ¡Socorro!...

SOCORRO.—¿Querías algo, papá?

DON PASCUAL.—A tu hermana, que baje en seguida...

SOCORRO.—Se está arreglando...

DON PASCUAL.—No importa. Que baje como esté...

SOCORRO.—Ahora mismo (*Se retira.*)

DON JACINTO.—Estáte tranquilo, Pascualuco... Yo me encargo de esa boda..., y cuando yo me encargo de una boda..., que la boda se celebra... es canónico.

(*Por la puerta del hotelito aparece MARTIRIO. Es una muchacha de edad indefinida. Aspecto de la chica que está constantemente al acecho de un novio posible.*)

DON PASCUAL.—Ven acá, Martirio, ¿sabes quién es este señor?

MARTIRIO.—¡Un cura!...

DON PASCUAL.—Pero, ¿además?...

MARTIRIO.—¿Además?... No sé... Así por fuera no tiene nada de extraño...

DON JACINTO.—Menos mal...

DON PASCUAL.—Es un compañero de colegio...

MARTIRIO.—¡Vaya, hombre, vaya!...

DON PASCUAL.—Y un buen amigo mío...

MARTIRIO.—Bien, señor, bien...

DON PASCUAL.—Y va a serlo tuyo en cuanto hables con él media hora...

MARTIRIO.—¿Qué me dices?

DON PASCUAL.—Lo que oyes.

MARTIRIO.—¿Y de qué se trata?

DON PASCUAL.—Ya lo irás sabiendo...

MARTIRIO.—¿Es un secreto?

DON JACINTO.—Según para quien...

DON PASCUAL.—Yo os dejo un rato para que podáis charlar a gusto...

DON JACINTO.—Te advierto, Pascualuco..., que no estorbas.

MARTIRIO.—¿Pero quién es Pascualuco?...

DON PASCAL.—Yo...

MARTIRIO.—¿Tú?... ¡Qué gracioso! ¡Tú Pascualuco!... Ya no te vuelvo a llamar nunca don Pascual... ¡Pascualuco!... Pues, mira, suena bien... Pascualuco.

DON PASCUAL.—Yo os dejo, que tengo que escribir unas cartas... Hasta ahora..., Barrabás... (*Sale.*)

MARTIRIO.—¿Usted es Barrabás?...

DON JACINTO.—El propio aplaudido... Cosas de chicos..., en la escuela me llamaban así...

MARTIRIO.—¿Era usted muy travieso?...

DON JACINTO.—Bastante...

MARTIRIO.—Bueno, y ahora, ¿me hace usted el favor de decirme qué es lo que se traen entre manos Barrabás y Pascualuco?...

DON JACINTO.—Nada, mujer... Tu padre ya me ha contado...

MARTIRIO.—¿Qué le ha contado mi padre?...

DON JACINTO.—Tus cosas... Tu carácter..., que estás hace una temporada algo agriadilla...

MARTIRIO.—¿Eso le ha dicho mi padre?... (*Gritando hacia el hotel.*) ¡Pascualuco!...

DON JACINTO.—Cálmate, chica..., que no es para tanto. Tu padre y yo, ya lo has oído, como viejos amigos...

MARTIRIO.—Que sean ustedes amigos, bien; que sean ustedes viejos, requetebién; pero que tenga que ir contando don Pascual que yo soy agria...

DON JACINTO.—Perdona... No me lo ha dicho así... Es que yo no sé expresarme bien... He querido decir que has empeorado un poco de carácter...

MARTIRIO.—¿Que yo he empeorado de carácter?... (*Otra vez gritando.*) ¡Ah, sí, eh!... ¡Pascualuco!

DON JACINTO.—Si no suprimes la llamada estentórea, me callo y me voy. Antes déjame hablar.

MARTIRIO.—Hable usted...

DON JACINTO.—Ante todo, quiero que me consideres como un buen amigo tuyo. ¿Conformes?

MARTIRIO.—Conformes.

DON JACINTO.—¿Cuántos años tienes?

MARTIRIO.—Un amigo de verdad no pregunta esas cosas...

DON JACINTO.—Según... Dí... ¿Cuántos?...

MARTIRIO.—Veintiséis.

DON JACINTO.—Eso en el mundo... Pero aquí, entre nosotros, en confianza... ¿Cuántos? Treinta y...?

MARTIRIO.—¿Ve usted? Ahora comprendo lo de Barrabás... Pongamos treinta y tres..., pero cuidado, ¡eh!... (*Pone un dedo delante de los labios.*)

DON JACINTO.—¡Por supuesto!... De modo que treinta y tres... Bien. El caso no es grave...

MARTIRIO.—¿Qué caso?

DON JACINTO.—El tuyo...

MARTIRIO.—¡Ah! ¿A...hora resulta que yo soy un caso?

DON JACINTO.—No te amontones y déjame continuar el interrogatorio, que es por tu bien... ¿Has tenido alguna pasión en tu vida?

MARTIRIO.—¡Una muy grande!...

DON JACINTO.—¿Vive todavía?

MARTIRIO.—¿Que si vive?... Cada día está más sano y más fuerte... Hace dos años ha empezado a hablar...

DON JACINTO.—(*Seráfico.*) ¡Un niño!...

MARTIRIO.—¡Qué niño, ni qué cuernos!... El cine. ¡El cine sonoro!...

DON JACINTO.—No me refiero a eso... Digo si has tenido alguna vez en tu vida...

MARTIRIO.—He estado a punto muchas veces..., muchas...

DON JACINTO.—¿Pero nunca?...

MARTIRIO.—(*Solemne.*) ¡Nunca!... El destino lo ha dispuesto así.

DON JACINTO.—¡Vaya por Dios!... ¿Conservas ilusiones?

MARTIRIO.—Dos...

DON JACINTO.—¿Que son?

MARTIRIO.—Una de ellas un imposible...

DON JACINTO.—Pero, ¿cuál?

MARTIRIO.—¡Hollywood!

DON JACINTO.—¿Y eso qué es?

MARTIRIO.—Si no lo sabe usted ya, así, de pronto, no podrá comprenderlo... ¡Es muy largo de explicar!

DON JACINTO.—Entonces, déjalo. ¿Y la otra?

MARTIRIO.—¡El himeneo!

DON JACINTO.—Vaya, menos mal... ¿Entonces te haría ilusión casarte?

MARTIRIO.—¡No lo sabe usted bien! ¡Yo he nacido para casada!

DON JACINTO.—Para eso han nacido casi todas las solteras...

MARTIRIO.—No. Mi caso es especial.

DON JACINTO.—¿Por?

MARTIRIO.—No sé. Pero yo tengo la corazonada de que como estaría yo bien sería casada, con un marido guapo, simpático, rico, formal, trabajador... Tendríamos una casa preciosa... Eso sí, nada de palacios... ¿Para qué?... La verdadera felicidad se aloja en cualquier parte. Un piso bueno..., grandecito..., doce o catorce balcones, dos fachadas al mediodía... Calefacción..., por supuesto... Dos cuartos de baño, tres teléfonos, cuatro doncellas... El portero con patillas como el de Medinaceli...

DON JACINTO.—¿Nada más?

MARTIRIO.—¡Ah!..., y automóviles... Yo necesito por lo menos dos automóviles...

DON JACINTO.—¿De qué marca?

MARTIRIO.—Americanos... Desengáñese usted, con menos de 30 ó 40 cilindros no se llega a ninguna parte... Y el mecánico, rubio, para que crean que es inglés...

DON JACINTO.—Bueno, pues mira, hija, yo no te garantizo lo de los radiadores, ni las dos piscinas, ni las patillas del cancerbero..., ni el chófer de Liverpool..., pero creo que has tenido acierto con venir a Mirasierra...

MARTIRIO.—¿Por?

DON JACINTO.—Porque yo aquí te caso...

MARTIRIO.—¿Qué dice usted?

DON JACINTO.—Lo que oyes...; soy un especialista... Yo te encuentro novio, y en cuanto te lo haya encontrado...

MARTIRIO.—¿Pero usted sabe lo que está diciendo?

DON JACINTO.—Me parece que está claro...

MARTIRIO.—¿Pero usted se imagina... que yo necesito de nadie para encontrar novio?... ¿Usted cree que yo tengo que venir a Mirasierra para dar con mi media naranja?...

DON JACINTO.—Hija, yo...

MARTIRIO.—Sepa usted que lo que a mí me han sobrado siempre han sido pretendientes... ¿Se entera usted?... A mí me han hecho la corte desde un grande de España hasta un empleado de la sección de ajuares y sus derivados de los Almacenes Simeón... Lo que pasa es que... (*En este momento, por la reja del jardín se ve llegar a un joven bien parecido, que se ha parado y que manifiestamente viene buscando a Don Jacinto. Al verle, Martirio cambia de fisonomía, pone cara de circunstancias y se apresta a la conquista del recién llegado, cambiando de tono.*) Lo que pasa es que... ahí le buscan...

DON JACINTO.—(*Volviéndose.*) ¡Ah!..., ¿eres tú..., Gorito?

GORITO.—Yo mismo, don Jacinto...

DON JACINTO.—Adelante, hombre... Adelante...

GORITO.—(*Entrando, a Martirio.*) Usted perdone, señorita, pero tenía que darle un recado urgente a don Jacinto... Me dijeron que estaba aquí...

MARTIRIO.—Por Dios... Está usted en su casa...

DON JACINTO.—Les voy a presentar... Mi amigo Gorito Sampelayo, joven madrileño, esportivo y propicio al celibato, a pesar de ser asiduo veraneante a esta colonia... La señorita Martirio Barciela, hija de un antiguo amigo mío, Pascual Barciela, persona muy conocida en Madrid..., que han venido a pasar aquí el verano...

GORITO.—(*Correcto, muy tipo Cercedilla.*) Señorita..., la colonia veraniega de Mirasierra se honrará de hoy en adelante contándola entre sus miembros...

MARTIRIO.—La honrada soy yo...

GORITO.—De ninguna manera. La honrada es la colonia...

DON JACINTO.—Bueno, no os peleéis. ¿Qué es lo que me querías, Gorito?...

GORITO.—Me envían a buscarle las señoras de la Junta que usted preside, para decirle que están citadas a las cuatro y le están esperando...

DON JACINTO.—¡Es verdad! ¡Qué cabeza la mía!...

MARTIRIO.—¿Qué Junta es ésa?

DON JACINTO.—La de una sociedad benéficomoral que hemos fundado, con las señoras de la colonia que echan de menos los líos y chismes de Madrid, para remediar en lo posible los estragos que producen en combinación la Primavera y el Amor entre las sencillas aldeanas de estos contornos..., y que se titula *El enlace a tiempo.*

MARTIRIO.—¿Y tienen ustedes mucho trabajo?

GORITO.—Mucho. Yo soy el secretario, y no descanso. Porque el médico del pueblo de al lado, que es comunista y partidario del amor libre, preside otra sociedad de mozos que se llama *Sus y a ellas,* y que cada día tiene más partidarios...

DON JACINTO.—Bueno, pues vete y dile a las señoras que en seguida voy. ¿Hay algo importante?

GORITO.—La hija del tío Vicente, el molinero...

DON JACINTO.—¿Qué le ocurre?

GORITO.—(*Mirando a Martirio, como disculpándose de no poder hablar.*) Que... (*Gesto vergonzoso.*)

DON JACINTO.—¡Ah, sí!... ¿Y de quién se sospecha?

GORITO.—De Quico, el hijo de Angel, o de Primitivo, el hermano de Camilo...

DON JACINTO.—¿Nada más? ¡Entonces la casamos!... Con cualquiera de los dos, pero la casamos. Anda, vete, que yo voy en seguida...

GORITO.—(*A Martirio.*) Señorita...

MARTIRIO.—Caballero...

GORITO.—Supongo que tendremos el gusto de verla frecuentar nuestra trinca.

MARTIRIO.—(*A tono.*) ¿Es trinca distinguida?

GORITO.—La mejor de la colonia: las de Castaño, las de Valdelamuela, las Ayoras, las hijas del marqués de San Juan de Letián, lo más selecto, en fin... Hay en Mirasierra dos trincas en la colonia, la nuestra, que es la fina, y por eso nos llaman la *Colonia Añeja,* y la otra, que es la *Colonia económica para baño...*

MARTIRIO.—Desde luego, ingresaré en la Añeja...

GORITO.—Será usted recibida como se merece... Señorita...

MARTIRIO.—Caballero...

(*Gorito hace un saludo que tiene algo de versallesco y sale. Don Jacinto y Martirio se miran sin decirse nada. Una pausa.*)

MARTIRIO.—Don Jacinto...

DON JACINTO.—¿Qué quieres, hija?

MARTIRIO.—¿Me perdona lo de antes?

DON JACINTO.—¿Qué es lo de antes?...

MARTIRIO.—Eso que le he dicho a usted.

DON JACINTO.—Sí, hija, sí... ¿No te lo he de perdonar?

MARTIRIO.—¡Ah!..., y que conste que lo del grande de España no era verdad.

DON JACINTO.—Lo sospechaba.

MARTIRIO.—Y lo del empleado de la sección de ajuares y sus derivados de los Almacenes Simeón... sólo a medias...

DON JACINTO.—Explícate...

MARTIRIO.—Quiero decir que no me pretendió... Lo único que hizo un día fué sacarme un paquete de media docena de toallas de felpa hasta la puerta.

DON JACINTO.—Eso varía (*Una pausa.*)

MARTIRIO.—Don Jacinto...

DON JACINTO.—¿Qué hija?...

MARTIRIO.—(*Acercándose a él, en el tono de quien se está confesando.*) Usted no puede comprender lo que es mi suplicio... (*Don Jacinto quiere hablar.*) No, no, déjeme hablar... Usted no sabe lo que es que pase un año, y otro, y otro... sin que nadie le diga a una ni media palabra de cariño... Usted no comprende lo que puede amargar ver a las amigas, a las conocidas, a las indiferentes, que todas tienen algo que les llene la vida..., algún cariño, alguna simpatía... Y una nada...; usted no imagina el suplicio que es sentir que el corazón se seca poco a poco..., y la tortura de ver que cada día se vuelve una peor y más agria... Sí, señor, porque todo hay que decirlo... Más agria y más mala... Que a veces desearía una que todo el mundo se hundiera hecho trizas sólo por no tener que ver la felicidad de los demás... Y yo no era así antes. Yo era como todas... Tenía ilusiones... No tenía envidia... El tiempo ha ido pasando..., y nadie se ha acercado a mí... Nadie... ¿Comprende usted lo que es eso?... Dígame usted que no soy tan mala como yo misma creo... Dígame usted que esto puede arreglarse... Que alguien se acercará a mí... Que no voy a morirme sin saber lo que es cariño... (*Se echa en sus brazos llorando.*)

DON JACINTO.—¡Pues no faltaba más!... Yo te aseguro... Vamos, hija, cálmate... Ya lo verás como todo se arregla... Cuando yo te digo que has hecho bien en venir a Mirasierra... Te casarás y tendrás hijos..., y estarás rodeada de gente te quiera... Ahora, eso sí... Me tienes que hacer una rebajita...

MARTIRIO.—¿En qué?

DON JACINTO.—En eso de los doce balcones y las dos fachadas al mediodía...

MARTIRIO.—¡Hecha!... Con una ventanita por donde entre un poco de sol... me conformo...

DON JACINTO.—¿De veras?

MARTIRIO.—De veras... Diga usted, don Jacinto...

DON JACINTO.—¿Qué quieres?

MARTIRIO.—El joven que ha venido a buscarle, ¿qué edad tiene?

DON JACINTO.—No lo sé...; sospecho que treinta... o treinta y dos... ¿Te gusta?

MARTIRIO.—(*Bajando los ojos.*) Mucho...

DON JACINTO.— Si vieras qué duro de pelar es... Lleva viniendo aquí diez años y ya lo ves..., solterito...

MARTIRIO.—¿De modo que usted cree?

DON JACINTO.—Yo no creo nada..., pero por si acaso, no te hagas ilusiones... De todos modos, no te preocupes..., si no es ese..., otros habrá...

MARTIRIO.—¿De veras, don Jacinto?

DON JACINTO.—De veras...

MARTIRIO.—¿Puedo esperar?

DON JACINTO.—Puedes...

MARTIRIO.—Mire usted... que si no..., me muero...

DON JACINTO.—Estáte tranquila. Llegarás a vieja... Y ahora me voy... Que las señoras del "Enlace a tiempo" deben estar impacientes..., y si tardo mucho...

MARTIRIO.—¿Volverá usted?

DON JACINTO.—¡Pues no he de volver!

MARTIRIO.—¿No me abandonará?

DON JACINTO.—Cuenta conmigo...

MARTIRIO.—Don Jacinto..., es usted un santo...

DON JACINTO.—Ya será algo menos...

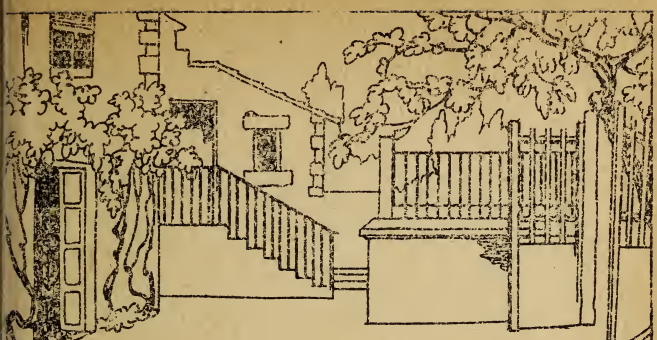
MARTIRIO.—¿Me deja usted que le bese la mano?...

DON JACINTO.—¿Por qué no? (*Le da la mano a besar.*) Y ya lo sabes... Animo... (*Va hacia la puerta.*) Todo llegará... (*Desde el otro lado de la verja.*) Te lo digo yo, que entiendo de eso... Todo llegará... Hasta luego, hija mía... (*Ha salido.*)

(*Martirio queda unos instantes pensativa. Recuerda las promesas de Don Jacinto y su cara se ilumina... Se levanta y ágil, transfigurada, se mete en el hotel cantando el tango de moda:*)

MARTIRIO.—Donde estás corazón...
No oigo tu palpitar...
Mientras cae lento el

TELON



ACTO SEGUNDO

a huerta de la casa de D. Jacinto. A la izquierda, entrada a la sa rectoral. Un poco de huerta y un poco de jardín... Bancos, sillas, todo modesto, pero de buen gusto. Al fondo, paisaje de la sierra.

(Al levantarse el telón, en escena, DON JACINTO y MO-ESTA, su ama de llaves, una mujer de unos cincuenta ños. Modesta está colocando unas sillas alrededor de una nesita. Don Jacinto pasea con su breviario.)

MODESTA.—Y luego, si a mano viene, habrá que darles cho-olate...

DON JACINTO.—(*Sin dejar de pasear y de leer.*) Si lo piden, e les dará...

MODESTA.—¿Cuanta gente espera usted?

DON JACINTO.—No sé..., ocho o diez personas... Los jóvenes le la Junta de festejos del "Enlace a tiempo".

MODESTA.—¡"El enlace a tiempo"!... Usted siempre pensan-lo en los demás y sin ocuparse de usted... ¿Sabe el dinero ue tenemos en casa?

DON JACINTO.—¡Dios proveerá...

MODESTA.—Dios sí que proveerá, pero el carnicero, y el anadero, y el de los ultramarinos no sé si van a seguir roveyendo con lo que les debe...

DON JACINTO.—Déjame rezar...

MODESTA.—Lo que es como no haga Dios un milagro este invierno..., va a ser todo cuaresma para nosotros....

DON JACINTO.—Más sano...

MODESTA.—A ver si es que quiere usted adelgazar, como las niñas de la colonia...

DON JACINTO.—No me vendría mal... Y ahora déjame en paz, que si no, no acabo los rezos en toda la tarde. (*Por la verja de la derecha aparece DON PASCUAL.*) ¿Adelante Pascualuco, que te trae por aquí de bueno?...

DON PASCUAL.—Muchas cosas... Verte, charlar contigo y darte las gracias...

DON JACINTO.—Gracias, ¿de qué?...

DON PASCUAL.—¡De casi nada! ¡Tú sabes como está Martirio?

DON JACINTO.—¿Mejor?

DON PASCUAL.—¡Mejor, no! Bien. Parece otra. Alegre, festiva, dicharachera... La has quitado diez años. Hace mucho que no la veíamos así...

DON JACINTO.—Los aires de Mirasierra.

DON PASCUAL.—Y tu mano izquierda.

DON JACINTO.—¡Bah!... No hablemos de eso... Mejor dicho, sí. Es menester que hablemos. ¿Cuanto fué lo que me dijiste que tendría Martirio el día de mañana?

DON PASCUAL.—Unos cuarenta mil duros.

DON JACINTO.—¿No te quedas corto?

DON PASCUAL.—No. Una cosa así...

DON JACINTO.—Entonces, puede que se me haya ido un poco la mano...

DON PASCUAL.—¿Por qué?

DON JACINTO.—Porque yo, en mi afán de hacer propaganda, me parece que he llegado a hablar del millón...

DON PASCUAL.—¡Hombre..., Barrabás!...

DON JACINTO.—¡No importa!... Lo esencial es que vengan pretendientes... Después, ya veremos... Por de pronto creo que está muy solicitada...

DON PASCUAL.—Figúrate... Parece otra persona...

(*Por la verja llegan un mozo y una moza de unos veintitrés a veinticuatro años. El trae la gorra en la mano y ella una cestita con huevos.*)

DON JACINTO.—(*Al verlos.*) ¡Hola!... Estanislao y la compañía.

ESTANISLAO.—Buenas tardes, señor cura... ¿Da usted su premiso?...

DON JACINTO.—Adelante. ¿Qué os trae por aquí? (*A ella.*) ¿Tú eres Cirila, la del tío Vinagre?

CIRILA.—La mesma, sí, señor...

DON JACINTO.—Pues vosotros diréis...

CIRILA.—Habla tú...

ESTANISLAO.—No, tú...

CIRILA.—Me da vergüenza.

ESTANISLAO.—Más te debía dar que lo cuente yo...

CIRILA.—Cuéntalo bajo.

ESTANISLAO.—No sé hablar quedo...

DON JACINTO.—¡Malo!... Mucho rodeo es ese... Bueno Estanislao, habla tú...

ESTANISLAO.—Pues que yo y esta nos hablamos dende abril...

CIRILA.—Dende marzo...

ESTANISLAO.—Dende abril...

CIRILA.—Acuérdate que ya pa San José...

DON JACINTO.—Bueno. Es igual. Os habláis desde marzo o desde abril. Eso no tiene nada de particular... Para contarme eso sólo no habréis venido...

ESTANISLAO.—No, señor...

DON JACINTO.—Pues continúa...

ESTANISLAO.—Pues que como el tío Vinagre, el padre de ésta, no era consentidor...

CIRILA.—Porque padre quería que yo me casara con Celestino el de la fonda, que tiene cuartos...

ESTANISLAO.—Pues nos teníamos que ver de noche...

CIRILA.—Y como mi madre tampoco veía con buenos ojos estos amores...

ESTANISLAO.—Nos íbamos al tomillar, que es lo menos frecuentao del pueblo...

DON JACINTO.—¿Y qué más?...

ESTANISLAO.—Poco más... Que como las noches de mayo con luna son tan majas...

CIRILA.— Y los tomillos tan olorosos...

ESTANISLAO.—Y los amores tan comprometíos...

DON JACINTO.—Y tú tan sinvergüenza..., te has tomado un anticipo a cuenta..., ¿no es eso?

ESTANISLAO.—No entiendo bien, pero algo así debe de ser...

DON JACINTO.—Y ahora vendrás de prisa y corriendo a que os arregle los papeles..., ¿no?

CIRILA.—Y a que hable usted con mi madre para que le de la noticia poco a poco..., porque si no... me da un estrumpío.

DON JACINTO.—Mereciais el estrumpio, pero se hará lo que se pueda... ¿Qué más queréis?

CIRILA.—Que velay estos huevos que son frescos pa que se los coma usted con salud.

DON JACINTO.—Que Dios os lo pague... Modesta...

MODESTA.—(*Que estaba muy cerca de la puerta.*) ¡Señor cura!

DON JACINTO.—Toma, coge esos huevos y llévaselos a la mujer del caminero, que está malucha estos días... (*A Estanislao.*) con dos pesetas que me vas tú a dar...

ESTANISLAO.—No sé si las traeré... (*Busca en los bolsillos.*)

DON JACINTO.—Busca, busca, que si fuera para ir a la taberna ya las encontrarías...

ESTANISLAO.—(*Que ha juntado las dos pesetas.*) Aquí tié usté.

DON JACINTO.—(*A Modesta.*) Toma. Llévaselas. No digas de parte de quien. Di que lo envían unas almas caritativas y aficionadillas al tomillar las noches de luna... (*Sale Modesta.*) Y ahora, os podéis largar. Yo me encargo de casaros pronto... ¿Hay mucha urgencia?

CIRILA.—Pa enero.

ESTANISLAO.—No. Pa febrero...

CIRILA.—Pa enero... Fué el día que murió la vaca del tío Silverio...

ESTANISLAO.—Fué el día que hizo tanta calor por la tarde...

DON JACINTO.—Bueno, es igual. Eso sí, mucho ojo con que se repita... Aunque se muera la vaca de nadie y aunque os asfixiéis por la tarde...

CIRILA.—Descuide usted, señor cura...

DON JACINTO.—Pero, ¿descuide usted, sí..., o descuide usted, no?

CIRILA.—Que no, que no, señor cura.

DON JACINTO.—Pues hasta otro rato... (*Le besan la mano y salen. A don Pascual.*) ¿Qué decía yo? Los aires de Mirasierra...

DON PASCUAL.—¡Por lo visto!...

(*Aparece por la puerta de la casa rectoral MARTIRIO. Viene desconocida, vestida de claro. Pimpante, rejuvenecida.*)

MARTIRIO.—Salud, distinguido eclesiástico... Pascualuco, muy buenas...

DON JACINTO.—¡Hola, hola! Ya sé que tienes mucho que contarme...

MARTIRIO.—¿Mucho? Exclamó la joven con acento de alegría. Mucho es poco... ¡Muchísimo!...

DON JACINTO.—¿Sí, eh?

MARTIRIO.—Sí, apreciable párroco..., y besándole la mano (*Ú*

(*ace.*) añadió: En cuanto se vaya de aquí mi señor padre, porque si no me acerolo...

DON PASCUAL.—Ahora mismo. Me esperan para jugar al tresillo... Conque os dejo...

MARTIRIO.—Adiós..., y que ganes.

DON PASCUAL.—Hasta la noche (*Sale Pascual.*)

MARTIRIO.—Entonces la agradecida muchacha se sentó al lado del respetable presbítero para relatarle los sucesos de los últimos días (*Se sienta.*) Y no le extrañe que hable así, porque siempre que estoy contenta acostumbro a hablar en el estilo de los letreros de película...

DON JACINTO.—Bueno, y qué...

MARTIRIO.—Padre, dijo la apuesta doncella, ¡soy feliz!...

DON JACINTO.—¿Tanto?

MARTIRIO.—Tanto. Y añadió: Hasta que he venido a Mirasierra no comprendía yo por qué era tan azul el cielo, tan limpio el aire y tan gorjeadora la alondra mañanera...

DON JACINTO.—Salte de la película y detalla...

MARTIRIO.—¿Usted ha oído hablar de una tal Greta Garbo?

DON JACINTO.—Vagamente... ¿Veranea aquí o en Cercedilla?

MARTIRIO.—¿Qué dice usted? ¡Qué herejía!... Es una estrella.

DON JACINTO.—¿De rabo?

MARTIRIO.—De cine... Don Jacintillo de mis pecados...

DON JACINTO.—¡Ah!... perdona..., hija...; no sabía... ¿Es guapa?

MARTIRIO.—La mujer de más éxito del mundo...

DON JACINTO.—¿Bueno, y qué?

MARTIRIO.—Ahora míreme usted a mí...

DON JACINTO.—Hecho...

MARTIRIO.—Pues desde hace unos días, a pesar de mi carrosserie, me siento Greta.

DON JACINTO.—¿Qué me cuentas?...

MARTIRIO.—Desde hace algunos días no doy abasto... Estoy de un pedido...

DON JACINTO.—¿Menudea el pretendiente?

MARTIRIO.—Pulula... Y no sé a qué atribuirlo... ¿No soy la de siempre?

DON JACINTO.—Serán los aires de Mirasierra...

MARTIRIO.—Bendita sea Mirasierra y sus aires..., y don Jacinto y el clero parroquial!

DON JACINTO.—Bueno, pero explícate... Ayer fuisteis en pique-nique al Cerro de la Sultana... ¿no?

MARTIRIO.—Exacto.

DON JACINTO.—¿Lo pasasteis bien?

MARTIRIO.—Cinco jóvenes tuve toda la tarde dedicados exclusivamente a mí.

DON JACINTO.—Puntualiza.

MARTIRIO.—Gorito, Isidorín Ayora, ese pollo que le llaman Paramount, porque siempre lleva un cine en la mano, Arturito Sampelayo y Ricardo Orense, el guardameta de "La patada en su sitio".

DON JACINTO.—Y eso, ¿qué es?

MARTIRIO. El ex "Vicálvaro Foot-ball Club", que ahora se llama así...

DON JACINTO.—¿Y tú, sin decidirte?...

MARTIRIO.—Yo, desdeñosa. Algún día tenía que llegar la hora.

DON JACINTO.—¿Pero no tienes ninguna preferencia?...

MARTIRIO.—A usted se lo puedo decir...

(*Por la verja aparece la silueta de RICARDO ORENSE. Ve a Martirio, duda. Luego se decide.*)

RICARDITO.—¡Martirio!...

MARTIRIO.—(*Se vuelve. Le ve y displicente.*) ¿Qué anhela usted, Ricardito?...

RICARDITO.—Dos palabras.

MARTIRIO.—Dígalas.

RICARDITO.—Estamos muy lejos...

MARTIRIO.—Cojo muy bien la onda.

RICARDITO.—¡Acérquese, cruel!

MARTIRIO.—Me gusta ver sufrir...

RICARDITO.—¿Tanto?

MARTIRIO.—¿No ve usted que estoy en visita?

RICARDITO.—¡Padre, interceda usted!

DON JACINTO.—¿Quién es ese pollo?

MARTIRIO.—El guardameta.

DON JACINTO.—¿Es esa tu preferencia?

MARTIRIO.—No, mi entrada general...

RICARDITO.—Qué, ¿no quiere oírme, Martirio?

MARTIRIO.—Es que si voy le hago goal...

RICARDITO.—En mi corazón lo tiene usted hecho de antemano.

MARTIRIO.—¿Qué va a decir su equipo?...

RICARDITO.—Para mí no hay más equipo que uno de novia, si se casa usted conmigo...

MARTIRIO.—(*A don Jacinto.*) ¿Eh?... La Garbo... (*A Ricardo.*) ¡Huy! ¡Casarse!... Tengo que pensarlo... ¡Soy tan niña!...

RICARDITO.—De todas maneras... ¿No ha oído usted hablar de los Previsores del Porvenir?

MARTIRIO.—Que estamos en una huerta, Ricardito..., y hay calabazas...

RICARDITO.—No sea mala y escuche...

MARTIRIO.—(*Levantándose y yendo hacia la verja con aires de importancia.*) Bueno, hable...

RICARDITO.—¿Irá usted esta noche al baile?

MARTIRIO.—Si me deja papá...

RICARDITO.—No, en serio. ¿Va usted o no?

MARTIRIO.—Iré...

RICARDITO.—El primer chotis para mí...

MARTIRIO.—Tendrá que ser el segundo.

RICARDITO.—¿Quién le ha pedido el primero?

MARTIRIO.—Ramón Novarro...

RICARDO.—Martirio, que me tiene usted loco...

MARTIRIO.—Hay sanatorios...

RICARDITO.—No se ría de mí..., entonces ¿hasta luego?...

MARTIRIO.—Hasta luego...

RICARDITO.—Y gracias, Martirio (*Saluda a don Jacinto y se va.*)

MARTIRIO.—Ya comprenderá usted que esto no es natural.

DON JACINTO.—¿Qué te dije yo?

MARTIRIO.—Tenía usted razón...

DON JACINTO.—¿Y tú qué vas a hacer?

MARTIRIO.—Por de pronto, dejarme querer. ¡Es tan bonito!... ¡Tan nuevo!... ¡Ay, don Jacinto, usted no sabe lo feliz que soy! Usted no comprende lo que es para mí esto de ahora... Después de tantos años de sequía moral..., este chaparrón benéfico de cariños..., me pone..., me pone..., (*Ha visto a GORITO que llega. Ha entrado.*)

GORITO.—Martirio, buenas tardes... Don Jacinto, se le saluda... (*Martirio le da la mano.*) ¿Llego temprano?

DON JACINTO.—¡Según a qué!

GORITO.—A la Junta.

DON JACINTO.—Aun no ha venido nadie...

GORITO.—Entonces podemos aprovechar el tiempo charlando.

DON JACINTO.—Me parece muy bien. Tú, con quien tienes más interés en hablar..., con Martirio o conmigo...

MARTIRIO.—Con usted seguramente... ¿Verdad, Gorito?...

GORITO.—Con usted, mala persona...

DON JACINTO.—En vista de esa indirecta, comprendo que preferís que os deje. Me voy al fondo de la huerta a acabar mis rezos, que estoy muy atrasado. (*Martirio se acerca a don Jacinto y le dice bajo al oído.*)

MARTIRIO.—¡Mi preferencia!

(*Sale don Jacinto derecha.*)

(*Se quedan los dos solos, se sientan en un banco. En las fr ses de Gorito hay que distinguir un no sé qué de fingido, p ro apenas apuntado.*)

GORITO.—¿No se dió usted cuenta de nada ayer?

MARTIRIO.—Caballero, no sé de qué quiere usted hablarme

GORITO.—No sea mala...

MARTIRIO.—Explíquese mejor...

GORITO.—Martirio, ni usted ni yo somos ya dos chiquillos.

MARTIRIO.—Según; yo de alma me siento párvula...

GORITO.—¿No ha querido usted nunca?

MARTIRIO.—Querer, querer..., lo que se dice querer...

GORITO.—¡Martirio!... ¿Me dejas que te tutee?

MARTIRIO.—¿Entonces te gusto?

GORITO.—¿Y lo preguntas?

MARTIRIO.—¿Quién te lo ha dicho?

GORITO.—(*Señalando el corazón.*) Este...

MARTIRIO.—Te puede engañar...

GORITO.—Es muy noble...

MARTIRIO.—¿Cuantos años tienes? ¿Treinta?

GORITO.—Optimista...

MARTIRIO.—¿Y cinco?

GORITO.—Y seis...

MARTIRIO.—¿Has tenido novias?

GORITO.—Novias, sí...

MARTIRIO.—¿Y algo... más?

GORITO.—Alguna aventurilla que otra...

MARTIRIO.—¿Sin consecuencias?...

GORITO.—Sin consecuencias. No tengo familia de ningun clase...

MARTIRIO.—¿Trabajas?

GORITO.—A ratos.

MARTIRIO.—¿Qué carrera tienes?

GORITO.—Por ahora, la de galgos...

MARTIRIO.—En serio...

GORITO.—Me dedico a negocios... ¿Tu padre no se opondrá?.

MARTIRIO.—¿Quién? ¿Pascualuco?... ¡Quita, hombre!...

GORITO.—Como eres tan rica...

MARTIRIO.—(*Que cree otra cosa.*) ¡Goro!...

GORITO.—No, ahora hablo de tu dinero...

MARTIRIO.—¡Bah!... No vale la pena de hablar de eso...

GORITO.—Eso crees tú... No hay más remedio... La vida es tan cara...

MARTIRIO.—Tengo un buen pasar...

GORITO.—Pues es lo principal... Luego ya lo demás... es lo de menos... Lo importante es quererse...

MARTIRIO.—Eso digo yo...

GORITO.—¿Entonces, tú crees?...

MARTIRIO.—Habla con papá...

GORITO.—¿En seguida?

MARTIRIO.—Cuanto antes mejor... A nuestra edad, las relaciones largas...

GORITO.—Martirio... Ni que me estuvieses oyendo... Estamos en julio... ¿Qué te parece?...

MARTIRIO.—¿En agosto?...

GORITO.—Un poco precipitado... Además, hace mucho calor... ¿Septiembre, quizá?

MARTIRIO.—Bueno, Septiembre, pero muy a principios.

GORITO.—Hecho...

MARTIRIO.—Tengo el capricho de que la boda sea aquí y de que sea don Jacinto el que nos case.

GORITO.—Yo encantado...

MARTIRIO.—¿Vamos a darle la noticia al cura?

GORITO.—¡Vamos!... (*Van a salir. Martirio se para, le coge a Gorito y mirándole a los ojos le dice:*)

MARTIRIO.—¿Todo lo que me has dicho..., lo sientes?

GORITO.—Que cosas preguntas..., mujer...

MARTIRIO.—Mira que te doy un corazón que está sin estrenar...

GORITO.—¿Entonces, no has querido a nadie?...

MARTIRIO.—¡A nadie!... Por eso, Goro, piénsalo antes..., piénsalo bien... Mira que para mí...

GORITO.—Pensado, mujer..., ¡archipensado!... Vamos a buscar a don Jacinto. (*Salen del brazo hacia la huerta.*)

(*A los pocos segundos, MODESTA sale para poner encima de la mesa un mantel, un garrafón de agua, vasos y azucarillos. Por la verja, y con un ramo de flores en la mano, aparece ISIDORIN AYORA. Es un pollo de unos veintiséis años, de aspecto insignificante e infeliz y que va vestido todo él de una manera un poco ridícula, pero sin exagerar el tipo. Tiene un defecto al hablar que no es tartamudez, sino dificultad para arrancar. Una vez que arranca va bien y le cuesta trabajo pararse.*)

ISIDORIN.—(*Desde fuera de la valla.*) ¡S... s... s... señora!...

MODESTA.—¿Qué desea usted?

ISIDORIN.—L... l... l... la... señorita Martirio..., ¿está aquí?...

MODESTA.—Creo que sí... Pase usted. (*Isidorín pasa.*)

ISIDORIN.—¿Quiere usted decirla que venga un momento?

MODESTA.—Voy allá... (*Sale Modesta.*)

(*Isidorín parece impaciente. Llega MARTIRIO. Se adelanta y le da las flores.*)

MARTIRIO.—Por Dios, Isidorín, ¿para qué estas flores? ¡Qué locura!...

ISIDORIN.—Locura, la mía por usted...

MARTIRIO.—No me diga usted eso..., Isidoro. (*Púdica.*) Sea usted razonable...

ISIDORIN.—No puedo..., desde ayer, no puedo...

MARTIRIO.—¿Por qué desde ayer?

ISIDORIN.—Porque ayer fué el día más feliz de mi vida.

MARTIRIO.—¿Qué pasó?

ISIDORIN.—¿Y usted me lo pregunta?... Tengo veinticinco años. Pues hasta ayer no he nacido.

MARTIRIO.—¿Pero qué hice yo ayer?...

ISIDORIN.—¡Casi nada!... ¡Preguntá que qué hizo! Primero, cuando subíamos en los burros hacia el cerro de la Sultana... Yo iba el último, porque como siempre me dieron el burro que peor andaba... Usted se quedó atrás y me dijo: "¿Qué es eso, Isidorín, cómo tan rezagado?"...

MARTIRIO.—¡Bah!...

ISIDORIN.—¡Sí, bah!... ¡Bah!... Usted no sabe como agradece cualquier cosa quien no está acostumbrado más que a sofiones y desprecios... Y no fué sólo el decírmelo..., sino como me lo dijo... Me hizo usted con la mirada una tournée por el corazón que me lo dejó de cama... Pues y lo del queso...

MARTIRIO.—¿Qué fué lo del queso?

ISIDORIN.—¿Pero ya lo ha olvidado usted? Cuando repartieron el queso en porciones, yo, como siempre, me quedé sin ninguna... No dije nada, aunque pagaba como los demás, porque tengo costumbre..., pero usted lo notó y me dejó dar un mordisco en su porción... Y usted quiere que yo olvide eso... Ese mordisco lo llevaré en el corazón mientras viva... Por eso, desde ayer estoy como unas Pascuas... Poco que disfruté yo, viendo como sufrían los otros...

MARTIRIO.—¿Qué otros?

ISIDORIN.—Los otros... Los que se acercan a usted porque saben lo de los tres millones.

MARTIRIO.—¿Qué tres millones?...

ISIDORIN.—Los que dicen que tiene usted...

MARTIRIO.—¿Yo?... ¡Qué tontería!... Tres millones, no fuera malo... ¿Y quién ha dicho eso?...

ISIDORIN.—No sé..., por la colonia se corre que es usted muy rica..., pero conste que yo no vengo por eso... Aunque no tuviera usted un céntimo... ¿Comprende?..., ni un céntimo..., yo la querría a usted igual...

MARTIRIO.—¿Pero usted me quiere a mí?...

ISIDORIN.—Perdone usted, se me ha escapado... No quisiera habérselo dicho jamás..., pero desde ayer...

MARTIRIO.—Pues señor..., por lo visto, esto mío de gustar en Mirasierra... es nervioso...

ISIDORIN.—Pero desde luego..., nadie la quiere como yo... Tanto como yo... Tan bien como yo...

MARTIRIO.—Ay, Isidorín..., lo siento..., pero llega usted tarde. Si viene usted cuatro días antes...

ISIDORIN.—¿Por qué?...

MARTIRIO.—Porque ya no soy libre...

ISIDORIN.—¿Quiere usted a otro?

MARTIRIO.—Sí...

ISIDORIN.—¿A quién?

MARTIRIO.—Isidorín, me pone usted en un apuro...

ISIDORIN.—¿A quién? ¿Dígame usted a quién? A Gorito, como si lo viera... A Gorito, ¿no? Estaba seguro...

MARTIRIO.—¿Y por qué estaba usted seguro?

ISIDORIN.—Porque sí..., porque es el que menos lo merece... Y yo en cambio que la quiero tanto... (*Se sienta en un banco y solloza.*)

MARTIRIO.—Isidorín, que ya estoy comprometida..., que me está usted comprometiendo...

ISIDORIN.—(*Dejando de llorar y levantándose.*) No, eso no. Ante todo su felicidad... Pero escúcheme usted, Martirio... Que conste que si algún día me necesita usted para lo que sea..., ¿comprende?, para lo que sea..., me tiene usted siempre a su disposición... Si algún día se convence usted de que nadie la quiere como yo..., se acordará de mí... Contará usted conmigo, ¿Me lo promete?

MARTIRIO.—¡Se lo prometo!

ISIDORIN.—Pues no necesito más para ser dichoso, Martirio. En la negrura de mi vida, es usted la lámpara de medio vatio que ilumina mi porvenir... Y perdone este simil eléctrico en razón a que presto mis servicios como tenedor de libros en una fábrica de bombillas... Y ahora, adiós...

MARTIRIO.—¿Se va usted?... ¿No se queda a la Junta?...

ISIDORIN.—No. ¿Porque él vendrá?...

MARTIRIO.—Está ahí...

ISIDORIN.—Hoy no podría verle... Sería muy duro para mí... Adiós, Martirio... (*Le besa la mano con gesto de desesperación.*) Y pensar que cuatro días antes... Cuatro días. (*Sale.*)

MARTIRIO.—(*Sola, pellizcándose.*) ¿Pero no sueño?... ¿Pero yo soy Martirio Barciela o la Pompadour?... (*Se mira al espejo de bolsillo.*) Qué Pompadour ni qué narices. (*Pensativa.*) ¿Qué será eso de los tres millones?... ¡Es igual!... ¡Para qué amargarnos la vida!... ¡Me quiere!... (*Se sienta en una butaca y con voluptuosidad.*) Me quieren...

(*Por el jardín llegan los jóvenes y las jóvenes que vienen a la Junta. SOCORRO, MARICHU, CRISTINA y LOLA VALDELAMUELA, dos jóvenes de veinte a veinticinco años. RICARDITO ORENSE. PEPIN, veintiséis, y PARAMOUNT que trae en la mano su cine "Pathé Baby". Al mismo tiempo, por la puerta de la rectoral aparecen DON JACINTO y GORITO.*)

DON JACINTO.—Hola, hola..., juventud... Así me gusta, así me gusta..., puntualidad...

PARAMOUNT.—Yo ya les he dicho. Si queréis que os haga una cinta de la Junta hay que ir pronto...

MARICHU.—Tú siempre haciendo cintas...

LOLA.—Haces bien. Así vemos si somos fotogénicas o no...

PEPIN.—No se dice fotogénica... ¡Se dice cinegética!

LOLA.—(*De buena fe.*) ¡Tú que sabes!...

DON JACINTO.—Bueno..., a trabajar..., a trabajar... Vamos a reunirnos en sesión.

(*Se van sentando todos alrededor de la mesa, formando un semicírculo. El único que queda de pie es Paramount, que no hace más que dar vueltas a la manivela de su cine. La colocación debe ser aproximadamente esta: Don Jacinto en el centro. A su derecha Gorito. Luego Martirio, luego Ricardo y Socorro. A la izquierda de Don Jacinto, Marichu, Pepín, Lola, Cristina. Paramount va y viene.*)

DON JACINTO.—La presidenta de la Junta de festejos del "Enlace a tiempo" tiene la palabra...

TODOS.—¡Bravo!... Viva la presidenta... ¡Viva Martirio!... (*Paramount trabaja, Martirio, emocionada, sonríe y da las gracias.*) Que hable... ¡Que hable!...

MARTIRIO.—(*De pie.*) Al levantarme a hablar, presa de honda emoción, embargado el ánimo por la gratitud, agobiada con el peso de la responsabilidad que ponéis en mis frágiles hom-

›ros..., sólo acierto a deciros una palabra que compendie mis ›entimientos... Y esta palabra..., todos la sospecháis..., no ›uede ser más que la palabra: ¡Gracias!...

TODOS.—¡No hay de qué!... ¡Bravo!... Viva nuestra presi›enta... Viva Milagros Barciela y Gómez de las Galicias...

MARTIRIO.—Pero como la palabra "Gracias" me parece pá›ida para exponer mi agradecimiento y como al mismo tiem›o, en este momento, para mí solemne, quiero rendir un tri›uto de gratitud recordando a las santas madres que con tan›o desvelo me instruyeron en San José de Cluny, necesito re›etir la palabra, esta vez en francés, y deciros desde el fon›o del alma: ¡Merci!...

TODOS.—¡Bravo!... ¡Bravo!...

PEPIN.—¡Qué cultura!...

CRISTINA.—¡Ahora que lo diga en inglés!...

DON JACINTO.—¡Silencio!... Dejadla hablar...

MARTIRIO.—Una vez pagada, aunque a plazos, la deuda que ›enía con vosotros, vamos al grano... ¿De qué se trata?... De ›ue ingrese alguna cantidad en las arcas del "Enlace a tiem›o". ¿No es eso?...

TODOS.—Sí..., de eso se trata...

MARTIRIO.—Bien... Y ahora yo os digo... ¿Qué anheláis? Garden party?... ¿Pique-nique?... ¿Verbena?... ¿Buñolada?... Función teatral?...

DON JACINTO.—Un segundo... Pido la palabra..., con permiso le la presidenta...

MARTIRIO.—Usted lo tiene...

DON JACINTO.—Mi larga experiencia de estos asuntos me per›nite...

PARAMOUNT.—Don Jacinto..., mire usted hacia acá...

DON JACINTO.—(*Haciendo lo que pide Paramount.*) Me permi›e calificar al pique-nique de improductivo. a la garden par› y de poco financiera y a la buñolada de indigesta...

(*Paramount ha cambiado de sitio y ha pasado al lado ›puesto.*)

PARAMOUNT.—Don Jacinto, mire usted hacia acá...

DON JACINTO.—(*Obedeciendo.*) La función teatral tiene la ven›aja de que reúne las condiciones apetecibles para esta clase le festejos.

PARAMOUNT.—(*Que ha ido a otro sitio.*) ¡Pst!... Don Jacinto...

DON JACINTO.—(*Obedeciendo.*) ...porque sobre que los ensayos on siempre ocasión de algazara y esparcimiento, el resulta›o económico suele ser considerable...

PARAMOUNT.—(*Desde otro lado.*) ¡Don Jacinto!...

DON JACINTO.—(*Ya un poco amoscado, pero obedeciendo.*) ...dado que a ello asisten las familias de los actores y actri ces de ocasión..., sus amigos..., los amigos de las familias.. las familias de los amigos y los amigos de los amigos de la familias... Total, unas tres mil pesetas, con las cuales se nutr la caja ya exhausta del "Enlace a tiempo"...

PARAMOUNT.—(*Desde otro sitio.*) ¡Don Jacinto!...

DON JACINTO.—(*Ya harto.*) Mira, niño..., tengo ya el cuell con agujetas, de tanto mirar a un lado y a otro..., de modo qu si te es igual filmar otra vedette, a mí me haces un servicio.. (*Paramount deja de filmar y se sienta.*)

MARTIRIO.—(*Levantándose.*) ¿Quedamos entonces en que festejo consistirá en una función de teatro?...

TODOS.—Sí..., sí...

MARTIRIO.—Bien. En ese caso, en una Junta que celebrare mos en fecha próxima se acordarán los detalles... Por ho hemos trabajado bastante... Se acabó la Junta...

DON JACINTO.—Un momento... Antes de separarnos necesit daros una buena noticia...

TODOS.—¡Venga!... ¡Venga!...

DON JACINTO.—Este año, el veraneo en Mirasierra no term nará sin que se celebre un enlace sensacional... Por hoy, n puedo deciros más...

TODOS.—¡Nombres!... ¡Nombres!...

DON JACINTO.—No puedo... ¡La discreción me ata!...

TODOS.—¡Que lo diga!... ¡Que lo diga!... ¡Que se desate!...

DON JACINTO.—Lo más que puedo hacer en vuestro obsequi es daros la noticia en la forma velada en que acostumbran hacerlo los cronistas de salones de los periódicos elegante "Se ha comentado el enlace de una bella señorita, hija de u conocido veraneante que ocupa un hotelito en la Cañada d Gato y que sólo tiene una hermana y que está sentada a n derecha... (*sensación*) con un joven sportivo, asiduo conc rrente a esta colonia y que en este momento fuma un cig rrillo... (*Goro fuma, en efecto.*) ¡Ahora, adivinad!...

RICARDITO.—(*A Martirio.*) ¿Y este era Ramón Novarro?

LOLA.—¡Felicidades!...

MARICHU.—(*A Goro.*) ¡Qué callado lo teníais!...

CRISTINA.—¿Y para cuando?... ¿Para cuando?...

PARAMOUNT.—(*Que ha vuelto a filmar.*) Un momento... Qui ro hacer un primer plano con las caras de los novios... (*Se l hace.*) Sonreíd... ¡Así no!... ¡Más Hollwood!...

SOCORRO.—Eso es...

MARTIRIO.—Y ahora, a festejar todos el acontecimiento donde mejor os parezca... ¡Yo convido!...

(*Se forman grupos y todos se preparan a salir. Socorro se acerca a Martirio y la dice en voz baja.*)

SOCORRO.—Oye, Martirio...

MARTIRIO.—¿Qué?

SOCORRO.—¡Que sea enhorabuena!... ¡Si vieras como me alegro!...

MARTIRIO.—Te creo...

SOCORRO.—Por ti... y por mí...

MARTIRIO.—¿Por ti?

SOCORRO.—Sí..., porque no sé si sabrás..., que hace más de cinco años que tengo novio...

MARTIRIO.—¿Tú?

SOCORRO.—Yo.

MARTIRIO.—¿Y por qué no lo decías?...

SOCORRO.—No me atrevía... Por no herirte..., pero ahora, ya que tú eres feliz...

MARTIRIO.—¡Qué detalle!... Como se nos conoce la raza. No sabes como te agradezco eso que has hecho por mí... ¿Y dónde está tu novio?...

SOCORRO.—En la fonda... Está escondido desde el día que llegó... ¡Como tú tenías ese genio!...

MARTIRIO.—Es verdad... Tienes razón... ¡Mira que yo era fiera!... Ahora... en cambio..., todo lo veo color de rosa...

SOCORRO.—¿Verdad que da gusto que la quieran a una?...

MARTIRIO.—Mucho... ¿Tú crees que Gorito me querrá de veras?

SOCORRO.—¿Por qué no?...

MARTIRIO.—¿Tú crees de veras que yo puedo ser feliz?

SOCORRO.—Martirio, ¡qué cosas tienes!... ¿Por qué me preguntas eso?...

MARTIRIO.—Por nada... ¡Tonterías!... Cosas que se le ocurren a una... ¡Me parece mentira tanta felicidad!...

GORITO.—(*Que se ha acercado y ha oído.*) Pues no lo es, que aquí la tienes... ¿Por qué hablabais de mí?...

MARTIRIO.—(*Deshecha.*) ¿De quién, si no?...

(*Han ido saliendo los demás poco a poco. Sólo quedan en escena Don Jacinto, que ha vuelto a su breviario. Socorro que sale delante de ellos y los dos tórtolos.*)

MARTIRIO.—(*Cogiendo del brazo a Gorito mientras van saliendo, y sin ocuparse para nada de don Jacinto, que los mi-*

ra salir, por encima de su breviario.) No viste este invierno en el Callao una película que se llamaba: ¿"Puré de corazones"?...

GORITO.—No recuerdo...

MARTIRIO.—¡Qué lástima!... ¡Había una situación tan parecida a ésta nuestra!... Ella, inexperta, ama por primera vez... El, más corrido... (*Han salido.*)

(*Sale MODESTA. Empieza a caer la tarde.*)

MODESTA.—¿Se fueron ya todos?

DON JACINTO.—Todos...

MODESTA.—Menos mal que no ha habido chocolate...

DON JACINTO.—Déjame rezar...

MODESTA.—Como usted quiera... (*Modesta recoge el mantel y algunas cosillas y las mete dentro. Suena en el campanario de la iglesia el toque de oración.*)

DON JACINTO.—Modesta...

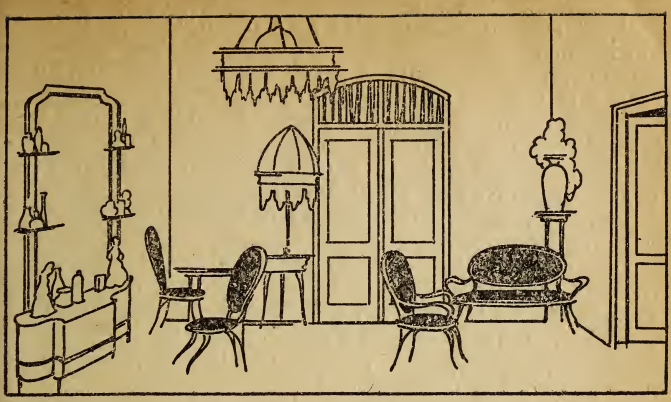
MODESTA.—Señor cura...

DON JACINTO.—La oración... (*Se quita el bonete.*) Porque se logre una cosa que parece que está lograda, y no lo está..., si es que conviene...

MODESTA.—Adivinanzas, no...

DON JACINTO.—Tú, reza... y calla... Padre nuestro...

TELON LENTO



ACTO TERCERO

Un saloncito en el hotel de los Barciela en Mirasierra. El día de la boda de Martirio. Son las once de la mañana. En la habitación hay tres puertas. Una, al fondo que va al pasillo; otra a la derecha, que se supone la habitación de Martirio; otra a la izquierda, que da a una terraza.

(*Al levantarse el telón, en escena están MARTIRIO, que se está poniendo un traje de novia, ayudada por PATRO, una especie de costurera con honores de modista, y su hermana SOCORRO, que está también vestida como para una boda. FIDELA, la doncella del primer acto, va y viene y ayuda.*)

MARTIRIO.—(*A Patro que la está abrochando el traje por detrás.*) No me aprietes tanto, que me ahogas...

PATRO.—Señorita, no hay más remedio...

MARTIRIO.—Si no hay más remedio, anda. (*Se encoge.*) ¿Ya está?

PATRO.—Ya está... (*Se retira.*) ¡Que bien le sienta!...

MARTIRIO.—(*Que se mira al espejo.*) Muy bien... Con lo tostada que estoy, parezco una mosca en leche... ¡Y esta cola!... Donde voy yo con esta cola... ¿No es demasiada cola?

SOCORRO.—Hija, ahora los trajes de novia son todos así...

MARTIRIO.—Si que serán, pero te aseguro que si no doy un traspiés es porque soy equilibrista...

PATRO.—Ahora, el velo...

MARTIRIO.—No, lo dejaremos para luego. Todavía falta media hora...

PATRO.—No importa, cuanto antes esté vestida, mejor... ¿O es que la señorita no tiene prisa para casarse?...

MARTIRIO.—No lo sabes tú bien... Yo creí que iba a estar tan serena hoy, tengo un hormiguillo... Más azahar...

SOCORRO.—(*Cogiendo una botella que habrá a mano y vertiendo un poco en un vaso.*) Toma...

(*Patro le pone el velo y encima la corona de novia, mientras charla.*)

PATRO.—A ver si le pasa a la señorita lo que a otra señorita que también le hice yo el traje de novia, que estaba tan azorada cuando fué al altar, que no acertaba a decir el sí. Lo cual que el novio se escamó y por poco hay un disgusto...

MARTIRIO.—No creo que pase aquí lo mismo, y eso que por falta de nervios no quedará...

(*Entra en la habitación DON PASCUAL, en mangas de camisa, luchando con el cuello de pajarita, que no puede abrocharse. Lleva camisa almidonada.*)

DON PASCUAL.—¡A ver si podéis ayudarme!...

SOCORRO.—¿Qué te pasa?...

DON PASCUAL.—Este condenado cuello que no me llega...

SOCORRO.—¡Ven acá!... (*Intenta.*)

DON PASCUAL.—¡Así no! ¡Que me pellizcas!...

SOCORRO.—¡Ay, papá, pues yo no sé hacerlo de otra manera!...

DON PASCUAL.—Tú, Martirio... Prueba a ver...

MARTIRIO.—¿Yo?... ¡Pues sí que vas a buena parte!... ¡Se intentará!...

DON PASCUAL.—¡Que me ahogas!... Martirio...

MARTIRIO.—¡Valor!... ¡Ya me falta poco!... ¡Animo, Pascualuco!

DON PASCUAL.—¡Que no puedo más!...

MARTIRIO.—¡Se me escapó!... Fidela, trae un abrochador y un poco de yodo... (*FIDELA sale.*)

DON PASCUAL.—El yodo, ¿para qué?...

MARTIRIO.—Por si te lesiono...

DON PASCUAL.—Entonces avisa de paso al médico...

MARTIRIO.—No es para tanto...

DON PASCUAL.—¡Qué elegante estás!...

MARTIRIO.—¿Verdad que sí?... ¿Habrá fotógrafos?...

DON PASCUAL.—¡Pues no ha de haber!...

SOCORRO.—Además, Paramount ha comprado cuatro cintas para sacarlas en tu boda.

MARTIRIO.—Yo quiero salir en *Estampa*...

DON PASCUAL.—Saldrás en *Estampa*.

MARTIRIO.—Y en *Gran Mundo*.

DON PASCUAL.—Y en *Gran Mundo*...

MARTIRIO.—Para que rabie la de Huete, que sólo salió en el *Noticiero del Lunes*.

DON PASCUAL.—Rabiará...

FIDELA.—El abrochador y el yodo...

MARTIRIO.—(*A Socorro y a Patro.*) Sujetadle por detrás...

DON PASCUAL.—¿Qué vas a hacer?

MARTIRIO.—Abrocharte...

DON PASCUAL.—Así... ¿Sin anestesia?...

MARTIRIO.—Ya verás. (*Coge el abrochador y con él le abrocha el cuello, no sin pegarle otro pellizco.*)

DON PASCUAL.—¡Ay!...

MARTIRIO.—¡Ya está!... A otra cosa...

DON PASCUAL.—Ahora la corbata...

SOCORRO.—De eso entiendo yo... (*Le hace un plastrón.*) ¿Cómo la quieres? A la inglesa o a la *negligée*... ¿Qué te parece? Yo creo que para la Sierra está más indicada la *negligée*...

DON PASCUAL.—Como tú quieras...

SOCORRO.—Te la haré mitad y mitad... ¡Ea!... Ya está listo... ¿Qué más?...

DON PASCUAL.—Nada... Ahora dejadme, que tengo que decir dos palabras a Martirio...

MARTIRIO.—¿A mí?

DON PASCUAL.—Sí..., salid... Ya os avisaré... (*Salen Patro, Socorro y Fidela.*)

MARTIRIO.—¡Tú dirás..., Pascualuco!...

DON PASCUAL.—No sé cómo empezar...

MARTIRIO.—¿Tan grave es?

DON PASCUAL.—Grave, no... Imprescindible, sí...

MARTIRIO.—No me asustes... ¿De qué se trata?

DON PASCUAL.—De ti...

MARTIRIO.—¿De mí?

DON PASCUAL.—De ti..., de tu novio..., de tu felicidad...

MARTIRIO.—¿Sabes tú algo?

DON PASCUAL.—¿De quién?

MARTIRIO.—De Goro...

DON PASCUAL.—No... ¡Qué tontería!... No es nada personal!... Nada de él solo... Es..., no sé cómo decirte..., de los dos... ¿Comprendes?...

MARTIRIO.—(*Que no comprende, pero que quiere darle esa sa-*

tisfacción a su padre.) ¡Ah, sí!... ¡Claro!... ¡Qué tontería!... ¡Claro!... (*Cambiando de tono.*) No. Pues no sé qué es lo que tienes que decirme...

DON PASCUAL.—¡Ea!... Valor... Allá va... Todas las muchachas como Dios manda, y yo sé que tú lo eres..., tienen el día antes de la boda una conferencia con su madre...

MARTIRIO.—¿Ah, sí?

DON PASCUAL.—Sí. En ella..., la madre, con el tacto que sólo una madre tiene, la pone un poco al corriente de lo que va ser su nuevo estado...

MARTIRIO.—¡No me digas!...

DON PASCUAL.—¿No lo sabías?...

MARTIRIO.—No. ¿Y que dicen en esa conferencia?...

DON PASCUAL.—Pues... Los... Las... Tú ya comprenderás que desde esta noche...

MARTIRIO.—Desde esta noche, ¿qué?...

DON PASCUAL.—¡Ay, hija, es que no me ayudas nada!...

MARTIRIO.—¿Pero qué es lo que va a pasar esta noche?

DON PASCUAL.—Ya comprenderás que no es lo mismo irse a dormir siendo la señora de San Pelayo, que siendo la señorita de Barciela...

MARTIRIO.—¡Ah, vamos!... ¡Por fin!... ¿Y era eso? No. En serio, Pascualuco...

DON PASCUAL.—¡Claro que en serio!...

MARTIRIO.—¡Vamos!... ¿Qué te parece?... ¡Mira que tú queriéndome contar a mí!... ¿Pero tú no comprendes que hoy día las chicas saben latín?... ¡Eso las chicas!... ¡Y yo que tengo treinta y pico, sé griego!... Que no te acuerdas de ese detalle...

DON PASCUAL.—Hija, perdona... Yo lo hacía con la mejor intención...

MARTIRIO.—Eso que tú dices era hace treinta años... Hoy ya las madres no tienen nada que enseñar a las hijas... Son las hijas las que enseñan a las mdres... Todo ha adelantado mucho...

DON PASCUAL.—Pues no sabes el peso que me has quitado de encima...

MARTIRIO.—¡Si pudiera yo decir lo mismo!...

DON PASCUAL.—¿Tú? ¿Pues qué tienes? ¿Qué te pasa?

MARTIRIO.—¡Nada!

DON PASCUAL.—Sí, algo es... Te encuentro preocupada. En un día como hoy... ¿No deseabas tú que llegara?

MARTIRIO.—Sí. Pero ahora que ya está aquí me da un miedo...

DON PASCUAL.—¿De qué?...

MARTIRIO.—No sé... Pero me da un miedo...

DON PASCUAL.—¿Por qué? Gorito parece buen chico...

MARTIRIO.—Tú lo has dicho. Parece... ¿Pero y si no lo fuera?

DON PASCUAL.—Hija mía... Ese es un albur que se corre en todos los matrimonios...

MARTIRIO.—Tienes razón... Además, ¡qué tontería!... ¿Por qué voy a ponerme en lo peor?... Pero si vinieran mal dadas..., tú nunca me faltarás, verdad, Pascualuco?

DON PASCUAL.—¡Qué cosas tienes!... (*La abraza.*) ¡Qué cosas tienes!...

MARTIRIO.—Anda, pues vete a acabar de vestirte, que ya va siendo hora...

(*Sale Don Pascual. Entra SOCORRO.*)

SOCORRO.—Martirio...

MARTIRIO.—¿Qué pasa?

SOCORRO.—La guardesa y su hija que quieren entrar a verte... antes de que vayas a la iglesia.

MARTIRIO.—¡No me da la gana!... Que vayan a la iglesia a verme...

SOCORRO.—¡Que están aquí!... Que te pueden oír...

MARTIRIO.—Que me oigan...

SOCORRO.—Es que quieren verte de cerca...

MARTIRIO.—A ver si se han creído que soy un fenómeno...

SOCORRO.—Entonces, ¿qué les digo?...

MARTIRIO.—¡Que se vayan a la... sierra!... Cierra esa puerta.

SOCORRO.—¿Qué pasa?

MARTIRIO.—Pasa que no puedo más...

SOCORRO.—¿Por qué?

MARTIRIO.—Porque desde hace unos días no vivo...

SOCORRO.—¿Qué ocurre?

MARTIRIO.—¿Ha venido Isidorín?

SOCORRO.—¿Isidorín? ¿Para qué tiene que venir?

MARTIRIO.—¿Ha venido o no?

SOCORRO.—No...

MARTIRIO.—Menos mal...

SOCORRO.—¿Pero qué es ello? ¿Quieres hablar?

MARTIRIO.—Hablo. Tú ya sabes que Isidorín se me declaró el mismo día que Goro.

SOCORRO.—Lo sé.

MARTIRIO.—Y que le dije que no...

SOCORRO.—También lo sé...

MARTIRIO.—Lo que no sabes es que desde que se fijó fecha para la boda con Gorito, Isidorín siempre que podía se me acercaba

a mí y me decía: "No te cases con Goro... No te merece." Al principio no le hice caso... Creí que serían celos o despecho... Pero conforme se iba acercando este día, Isidorín me apremiaba cada vez más: "Martirio..., no te cases... Que no te merece...; mira que es un canalla... Mira que va por tus cuartos..."

SOCORRO.—Hay que ver qué niño el Isidorín... Ya podía no meterse donde no le llaman.

MARTIRIO.—Yo no sabía qué pensar... Ayer por la tarde, cuando estábamos bailando en la verbena, me llamó aparte y me dijo: —¿Te casas mañana? —Sí... —¿Estás bien decidida? —¿No lo ves? —¿A qué hora? —A las doce. Sacó su reloj y me dijo: —Tengo tiempo. —¿De qué? —De ir a buscar pruebas de lo que te vengo diciendo hace mucho. Si mañana no estoy aquí a las once, cásate. Pero si llego a tiempo, antes de casarte, me escucharás. Y sin decir más cogió el Bugatti de ese amigo suyo que ha venido hace unos días y desapareció camino de Madrid.

SOCORRO.—¿Y tú qué crees?

MARTIRIO.—No sé. Por un lado me parece imposible que pueda ser cierto eso que dice de Gorito...; pero por otro, tengo tanto miedo de que esto no me salga bien... Estoy tan poco acostumbrada a ser feliz...

SOCORRO.—¿No has hablado con Goro de dinero?

MARTIRIO.—Lo menos posible...

SOCORRO.—¿Por qué?

MARTIRIO.—Por si acaso..., por si fuera verdad... Por ese mismo temor que no nos deja ir al médico cuando sospechamos que tenemos algo grave...

SOCORRO.—¿Tu corazón qué te aconseja?

MARTIRIO.—Menudo sinvergüenza está hecho mi corazón...

SOCORRO.—¿Por?...

MARTIRIO.—Por casi nada... ¿Tú sabes lo que me dice?... "Aunque sea verdad... Aunque vaya por tu dinero... ¿Dejarás de casarte? ¿Y de tener un marido guapo y que te envidiarán las demás?... ¡No seas tonta!... Un día es un día... No desperdicies la ocasión... Más vale botella en mano que bodega en fotografía."

SOCORRO.—Pues sí que te dice unas cositas tu víscera...

MARTIRIO.—¡Para matarlo!... Y aquí me tienes que no sé si reír o llorar..., si alegrarme o entristecerme...; te digo que es como para volverse loca... (*De un manotazo se pone todo el velo de costado.*)

SOCORRO.—Que te deshaces la *toilette*.

MARTIRIO.—¡Qué *toilette*!... ¡Ni qué narices!... ¿Qué hago yo

en este caso... Porque si me caso y luego resulta que tenía razón ese renacuajo de Isidorín, y en cuanto se me gaste los cuartos se me va Goro y me quedo sin Goro y sin cuartos... Y, por otro lado, si no es verdad y no me caso, he hecho la diez de últimas... Te digo que si una fuera mal hablada era como para... decir una palabrota muy gorda... ¿Has oído? ¿Una bocina?...

SOCORRO.—Es el coche de línea que llega a estas horas...

MARTIRIO.—Eso es. Como no venga Isidorín y me haya hecho pasar este mal rato, le doy un capón que le inutilizo. Oye, Socorro, ¿tú qué me aconsejas?...

SOCORRO.—Hija, yo no sé qué decirte...

MARTIRIO.—Pues para estos casos es la familia... ¿No se te ocurre nada?...

SOCORRO.—Si me hubieses contado eso antes... Pero ahora ya... Cualquiera se echa para atrás..., ¿qué iba a decir la gente?

(Suenan unos golpes en la puerta.)

VOZ DE DON JACINTO.—¿Se puede?

MARTIRIO.—*(Furiosa.)* ¿Quién es?...

VOZ DE DON JACINTO.—Gente de sotana...

SOCORRO.—Don Jacinto...

MARTIRIO.—*(Bajo.)* Ni una palabra, ¿eh?..., ni una palabra...

SOCORRO.—Descuida...

MARTIRIO.—*(Cambiando el tono.)* Adelante, adelante, simpático presbítero. *(DON JACINTO entra.)* ¿Qué?... ¿Cómo me encuentra?...

DON JACINTO.—Deslumbrante...

MARTIRIO.—¿Qué le parezco?

DON JACINTO.—La feligresa más chiqué que he casado en mi vida... ¿Qué?... ¿Cómo andamos de nervios?...

MARTIRIO.—Vaya..., regular...

DON JACINTO.—Tenemos un día espléndido... Va a ser una boda muy lucida...

MARTIRIO.—Ya lo creo que va a ser lucida...

DON JACINTO.—¿Está todo listo?

MARTIRIO.—Todo...

DON JACINTO.—Porque ya va siendo hora... Son menos veinte... Te queda poco más de un cuarto de hora de celibato...

MARTIRIO.—*(Que está pensando en lo suyo.)* Ya ve usted qué cosas pasan...

DON JACINTO.—No sabes lo contento que estoy de que haya llegado este día...

MARTIRIO.—¡Anda..., pues y yo!... ¡Estoy que salto!...

DON JACINTO.—¿Qué proyectáis para después de la boda?...

MARTIRIO.—(*Que se ríe.*) ¡Qué cosas pregunta usted, padre!... Lo usual...

DON JACINTO.—No me entiendes... Va a haber almuerzo aquí..., ¿no?...

SOCORRO.—Tanto como almuerzo..., no. Lunch...

DON JACINTO.—¿Y qué es eso?...

MARTIRIO.—Viene a ser lo mismo, sólo que más caro, porque se dice en inglés...

DON JACINTO.—Y después una escapatoria más allá del extranjero...

MARTIRIO.—¡Quite usted de ahí!... Eso ya no se lleva. Ahora lo elegante es quedarse en Madrid y que le vean a una en todas partes para que rabien las amigas... Se disfruta más y es más barato...

VOZ DE GORITO.—(*Fuera.*) ¡Martirio!...

MARTIRIO.—¿Quién me interpela?

GORITO.—(*A la puerta.*) Soy yo... ¿Se puede pasar? Vengo a presentarte a la madrina...

MARTIRIO.—¡Adelante, adelante!...

(*GORITO, de chaqué, correcto, se presenta seguido de una señora como de treinta y cinco años, vestida de negro, con mantilla, tipo madrina de boda, guapetona, pero poco distinguida, se llama MILAGROS.*)

GORITO.—Te voy a presentar a mi madrina, Milagros Sanchón, que ha llegado hoy mismo de San Sebastián, donde estaba veraneando, para amadrinarnos... Mi futura, que ya casi es una presenta..., y perdona este juego de palabras; mi cuñada; don Jacinto, el párroco que nos va a casar...

MILAGROS.—Tengo mucho gusto en conocerles... (*A Martirio.*) ¿De modo que usted es la que se casa con aquí, mi primo?

MARTIRIO.—Por lo visto...

MILAGROS.—Se lleva usted una alhaja... No es porque sea primo mío, pero le aseguro que hombres así van quedando pocos...

GORITO.—¡Milagros, que estoy delante!...

MILAGROS.—Claro es que tampoco él se pierde... Porque ya sé que usted vale mucho... (*Apoya en la palabra vale.*)

MARTIRIO.—Según como se tome...

GORITO.—De cualquier manera... siempre será verdad...

MARTIRIO.—Qué amable eres...

MILAGROS.—Veo que estáis muy enamorados... ¡Así me gusta!... Porque cuando no se está enamorado o no hay mucho de aquí... (*Dinero.*) las bodas, ¡pa' el gato!...

GORITO.—¡Milagros, qué cosas dices!

MILAGROS.—Lo que pasa es que soy muy franca... (*A Don Jacinto.*) ¿Verdad que tengo razón, don Narciso?

DON JACINTO.—Jacinto...¡ Jacinto...

MILAGROS.—Es igual..., nombre de flor... ¿Es usted canónigo?

DON JACINTO.—Todavía no...

MILAGROS.—Pero lo será usted.

DON JACINTO.—¿Por qué?

MILAGROS.—Porque se parece usted como dos gotas de agua a un canónigo de Málaga que vive en la misma casa que yo... Sólo que aquél cojea...

DON JACINTO.—¡Ah, sí!... Pues entonces lo que siento es no parecerme al cardenal primado...

MILAGROS.—¡Qué buena sombra tiene don Nardo!...

DON JACINTO.—¡Bueno..., don Nardo..., lo que usted quiera!... Para qué vamos a discutir...

(*Entra DON PASCUAL, ya listo.*)

DON PASCUAL.—¿Qué?... ¿Estamos? (*Al ver a Milagros va hacia ella.*) ¿La madrina, no?

MILAGROS.—La misma...

GORITO.—(*Presentando.*) Mi padre político; mi prima Milagros Sanchón...

DON PASCUAL.—Tengo un verdadero honor... Pues si a ustedes les parece...

MARTIRIO.—¿Pero ya es hora?...

DON JACINTO.—Faltan diez minutos. Aunque la iglesia está cerca... Mientras se llega...

MARTIRIO.—¿No podemos esperar todavía un poco?...

GORITO.—¿Qué sucede? ¿Falta alguien?

MARTIRIO.—Sí... Es decir, no... ¿Ahora qué?...

GORITO.—¿Qué te pasa?... ¿Estás nerviosa?...

MARTIRIO.—¿Yo? ¡Qué disparate!

GORITO.—¿No tienes prisa?

MARTIRIO.—Claro que sí... Lo que pasa es que...

GORITO.—No seas tonta... No sufras... Soy un hombre de mundo... ¿Comprendes?... Un hombre de mundo...

DON JACINTO.—Vosotros, la madrina, el novio y yo debemos ir por delante..., y un poco después que vayan los demás...

GORITO.—Pues vamos allá...

MILAGROS.—Bueno, pues hasta ahora..., y a ver si tenemos buena mano...

(*Salen Don Jacinto, Milagros y Gorito.*)

DON PASCUAL.—Vosotras acabar de arreglaros mientras yo voy

a dar una vuelta a ver cómo va lo del lunch... ¿Estás más tranquila?...

MARTIRIO.—Sí...

DON PASCUAL.—¿Volaron esas ideas negras?

MARTIRIO.—Volaron...

DON PASCUAL.—Así me gusta. Hasta ahora. (*Sale.*)

MARTIRIO.—(*A Socorro.*) Ya no viene...

SOCORRO.—¿Quién?

MARTIRIO.—¿Quién va a ser? ¡Isidorín!...

SOCORRO.—A la hora que es...

MARTIRIO.—¡Qué mañanita me ha hecho pasar... (*Se arregla la cara, se pone polvos, se pinta.*)

SOCORRO.—(*Que hace lo mismo.*) Es como para matarle...

MARTIRIO.—(*Llamando.*) ¡Patro!...

PATRO.—¿Señorita?

MARTIRIO.—¿Estoy bien? ¿No falta ningún detalle?

PATRO.—(*Dando los últimos toques.*) Ninguno...

MARTIRIO.—Pues vamos allá... (*Se persigna, Socorro sigue arreglándose.*) Vamos, mujer...

SOCORRO.—Ya voy...

MARTIRIO.—Hasta que no llegue a la iglesia... me parece que no estoy tranquila...

SOCORRO.—¿Y si viene antes de acabar la ceremonia?...

MARTIRIO.—Demasiado tarde... En saliendo de casa la suerte está echada.

SOCORRO.—Pues entonces... (*Van a salir. Se oye ruido del motor que se acerca. Martirio palidece.*)

MARTIRIO.—¡El Bugatti!...

VOZ DE DON PASCUAL.—¿Vamos, chicas?...

MARTIRIO.—Ahora... ¡Un segundo!...

(*Aparece ISIDORIN en tromba. Viene despeinado, lleno de polvo, anhelante, con más dificultad para hablar que nunca.*)

ISIDORIN.—¡L... L... ego a tiempo!...

MARTIRIO.—¿Qué pasa?...

ISIDORIN.—Que... que... qu...e no te c...asas...

SOCORRO.—¿Por qué? ¡Habla!...

ISIDORIN.—¡Qu... qu... qui...tate ese traje!...

MARTIRIO.—¿Hablas, sí o no?...

ISIDORIN.—T...t...t...raigo pruebas...

MARTIRIO.—¿De qué?

ISIDORIN.—De qu... que... es un canalla...

MARTIRIO.—¡Vengan!...

ISIDORIN.—Es...p...era... (*Se empieza a registrar todos los bol-*

illos con precipitación, sin encontrar nada. De pronto cree que ha perdido la prueba que traía y pone cara de terror.)

MARTIRIO.—¿Qué pasa?

ISIDORIN.—(*Consternado.*) La...la... la... he perdido.

MARTIRIO.—¿Qué has perdido?

ISIDORIN.—L...a carta...

MARTIRIO.—¿Qué carta?

ISIDORIN.—Una de él... a ella..., a su amiga..., en que la cuenta todo... Me ha costado dinero y trabajo conseguirla..., y ahora... (*Se le ilumina la cara.*) ¡Ah!... (*Mete la mano en el bolsillo del pantalón donde se suele llevar el revólver y saca la carta.*) Toma l... lee!...

MARTIRIO.—(*Cogiendo la carta y leyendo con avidez.*) ¡Trae!... (*A medida que va leyendo se retrata en su cara la sorpresa, el dolor, la ira, la desesperación. Después, muy suavemente, sin desplantes de cólera, con la serenidad de quien sabe que dice adiós a una ilusión, va leyendo alto algunos párrafos de la carta.*)

"Esta cursi de Martirio me cree a pie juntillas que estoy loco por ella; pero no ha nacido el hijo de mi madre para pasarse la vida haciendo fiestas a un loro semejante. En cuanto coja la pasta, que no sé si serán sesenta o cincuenta o cuarenta mil duros, porque cada día parece que tiene menos..., verás qué festival vamos a organizar tú y yo..., lo más lejos posible de ella y de su gentecita... Me alegro que acepte Milagros el encargo de madrina, porque aunque es muy ordinaria, como es lista, puede pasar por prima mía y no meterá la pata... El diez y seis me caso... El diez y siete te veré y de palabra arreglaremos nuestro plan... Vete haciendo proyectos..., que está todo pagado..."

(*Durante esta lectura, Socorro e Isidorín miran a Martirio, extrañandose de que esté tan serena, pero al mismo tiempo sin atreverse a intervenir. Martirio se levanta, con la mirada extraviada, va al espejo, se mira, mira la carta. Después, haciendo un esfuerzo, logra dominarse.*)

MARTIRIO.—(*Con voz apagada.*) ¿Vamos?...

SOCORRO.—¿Qué vas a hacer?...

MARTIRIO.—¿Qué he de hacer?... Ir a la iglesia...

ISIDORIN.—¿P...ero va a ir?...

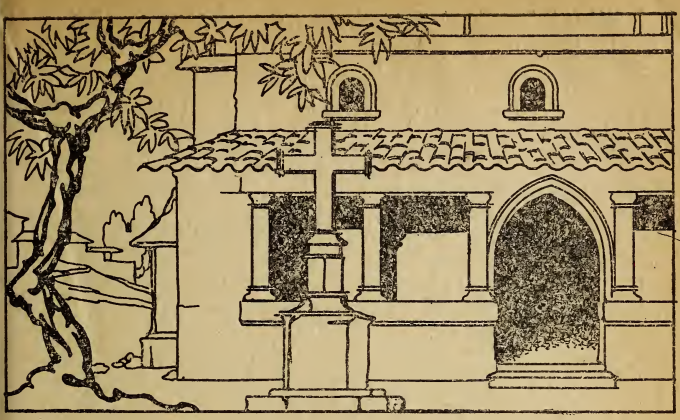
MARTIRIO.—(*Recobrando su energía.*) ¡A la iglesia!...

ISIDORIN.—¿Después de lo que has leído?...

MARTIRIO.—(*Sacándolos a ellos delante.*) ¡He dicho que a la iglesia!...

(*Salen. Una pausa. Se oyen voces de los chicos del pueblo que gritan*: ¡Viva la novia!... ¡Viva la novia!..., *y lento cae el*

TELON



ACTO CUARTO

La plaza de la iglesia en Mirasierra. La puerta de la iglesia, al fondo. Arboles, bancos...

(Al levantarse el telón, en escena, RICARDITO ORENSE, MARICHU, PEPIN, LOLA y CRISTINA. Charlan, sentados unos en los bancos y otros de pie, esperando la llegada de los novios. Un GUARDIA MUNICIPAL de los clásicos en los pueblos de la Sierra pasea arriba y abajo para cuidar el orden en caso de aglomeración.)

CRISTINA.—La verdad es que Martirio ha tenido suerte...

RICARDITO.—¿Por qué?

CRISTINA.—Hombre, ¿te parece poco?... Pescar a Gorito, que no había quién lo convenciese...

RICARDITO.—Los hay mejores.

LOLA.—¿Lo dices por ti?

RICARDITO.—Lo digo por quien sea... Además... de que va en coche la tal Martirio...

LOLA.—¿Por?...

RICARDITO.—Yo me entiendo...

CRISTINA.—Puntualiza...

RICARDITO.—A ver si a lo mejor os creéis que Gorito está enamorado...

CRISTINA.—Enamorado, puede que no... Pero se casa, que es lo importante...

PEPIN.—Con su cuenta y razón.

RICARDITO.—Más cuenta que razón.

CRISTINA.—¡Hijos, vaya una noticia!... Como si hoy quedaran hombre que se casen si no hay algo a la vista...

RICARDITO.—¿A qué llamas tú algo?

CRISTINA.—A la cuenta corriente...

RICARDITO.—Entonces, de acuerdo...

LOLA.—Pues dicen que no es tanto lo que tiene ella...

RICARDITO.—Siempre tendrá más que él...

CRISTINA.—Pero él es guapo..., y eso se paga...

RICARDITO.—Entonces, yo...

MARICHU. } (*Casi a la vez.*) ¡Qué pretensiones!
LOLA. } ¡Vamos, quita!
CRISTINA. } ¡Dónde te vas a comparar!

RICARDITO.—¡Vosotras qué sabéis!

LOLA.—¡Casi nada!

RICARDITO.—¡Donde esté mi tipo!...

CRISTINA.—Donde esté tu tipo, que pongan guardias, no sea que pare la circulación.

GUARDIA.—(*Acercándose.*) ¿Se me alude?...

CRISTINA.—No, distinguido vigilante. Se trataba del físico del pollo aquí presente...

GUARDIA.—Como he oído guardia... y circulación...

RICARDITO.—Estas niñas que son muy festivas... Pues no sé si sabréis que un día en Vicálvaro, después de un partido donde estuve hecho un as, se me declararon tres...

LOLA.—Es que las hay muy traviesas.

RICARDITO.—Puede. Pero da la casualidad de que el año pasado, cuando quedó tercero mi team (*Tim.*) en el vicecampeonato regional de equipos de suburbio, las chicas de Vallecas se escotaron para regalarme una camiseta de honor...

CRISTINA.—Y se enfriarían... ¿no?...

RICARDITO.—Bueno, que os zurzan... ¡Qué niñas!... Peor para vosotras si no me comprendéis...

(*Se acerca al grupo una mendiga de bastante edad. La tía CASILDA.*)

CRISTINA.—¡Hola, tía Casilda! ¿Qué hay de bueno?

CASILDA.—Poco, hija, poco... La reuma que me tiene cada año peor... Si hacen ustedes la caridad...

(*Todos le dan algo.*)

CRISTINA.—A propósito, tía Casilda..., usted nos va a sacar de dudas... ¿Conoce usted a Gorito?...

CASILDA.—¿Cuál? ¿Ese que dicen que se casa hoy?

CRISTINA.—El mismo...

CASILDA.—¿Pues no he de conocerle?

CRISTINA.—Pues ahora, mire usted a este... ¿Cuál de los dos es mejor mozo?...

CASILDA.—¡Qué cosas preguntan!

LOLA.—Usted conteste como si no estuviera él delante.

CASILDA.—Yo ya soy muy vieja pa estas cosas...

CRISTINA.—Bueno, pero cuando usted era joven, cuál hubiera preferido?...

CASILDA.—¿Lo digo?

TODAS.—Sí... Ande..., sin miedo... ¿Cuál?

CASILDA.—¡El otro!...

(Abucheo general a Ricardo.)

MARICHU.—¿Lo ves?

CRISTINA.—¿Te convences?

LOLA.—Me parece que está claro...

RICARDITO.—¡Porque no se ha fijado bien!...

CRISTINA.—Ahora tiene usted que decirnos por qué le gusta más el otro...

CASILDA.—¡Ah!... ¡Yo qué sé!... Porque sí... Porque está más cuajao... Porque éste parece una caja de dominós... que todo son huesos...

GUARDIA.—*(Que ha estado escuchando toda la conversación. Riendo.)* Una caja de dominó. Tiene razón la tía Casilda... Una caja de dominó...

RICARDITO.—*(Amoscado.)* A usted nadie le pregunta nada. Usted a cumplir con su obligación.

GUARDIA.—Bueno... No se enfade usted... Es que me ha hecho gracia...

(Llegan la CIRILA y el ESTANISLAO. La Cirila trae un chico en brazos.)

GUARDIA.—Y vosotros, ¿a qué venís por aquí?...

ESTANISLAO.—¡Toma, a qué!... Pues a ver la boda, como toos...

CIRILA.—A aprender pa cuando nos llegue la vez...

MARICHU.—¿Pero todavía no estáis casados?...

CIRILA.—No, señorita..., entavía no...

MARICHU.—¿Y ese chico?

CIRILA.—Cosas de este..., que es más precipitao pa to...

(Llegan por la derecha DON JACINTO, MILAGROS Y GORITO

seguidos de unos chicos que gritan: ¡Viva el novio!... ¡Viva la madrina!... ¡Viva don Jacinto!...

GUARDIA.—(*Echándolos.*) ¡Hala!... ¡fuera de aquí!... ¡Largo!... Como os acerquéis más de cincuenta metros, doy un toque de atención... y cargo... (*Saca el sable, los chicos corren.*)

(*Las chicas rodean a Gorito.*)

MARICHU.—¡Qué elegante vienes!...

LOLA.—¡Porque se puede!...

GORITO.—¿De veras?

CRISTINA.—Y tanto. ¡Cómo ganas con chaquet!...

GORITO.—Psche... Moldes que tiene uno... Y algo de salero que hay que echarle... ¿Y qué me decís de mi madrina?...

RICARDITO.—Superior... Con una madrina así, se siente uno neófito...

MILAGROS.—Gracias, joven...

RICARDO.—No hay de qué... Es justicia...

(*Se acerca al grupo don Jacinto, que ha quedado charlando con el guardia.*)

DON JACINTO.—Buenos días, juventud...

TODOS.—¡Hola, don Jacinto!... Buenos días...

DON JACINTO.—¿Qué, venis a tomar nota?... ¡Ya veis... Se nos casa un recalcitrante...

GORITO.—Y que lo diga usted...

DON JACINTO.—Mi trabajillo me ha costado... Pero al fin cae... Ocho años hace que vengo persiguiéndole.

RICARDITO.—El que la sigue la mata...

DON JACINTO.—Tú no te rías, porque cuando despache con éste, voy contigo, zagal... Que ya has cumplido los veinticinco...

RICARDITO.—Yo no puedo casarme, don Jacinto, soy guardameta.

DON JACINTO.—También lo es Zamora y ya ves como ha caído... Conque ya lo sabéis, niñas, id poniéndole los puntos...

CRISTINA.—Me parece que si es por nosotras, se queda soltero...

RICARDITO.—Ya sería algo menos...

CRISTINA.—¡Prueba!...

RICARDITO.—¿Para qué?... ¡Tengo muchos pedidos!

LOLA.—Será por eso, que tienes esa cara de no dar abasto...

DON JACINTO.—Bueno, se acabó!... No pelearse... (*Se fija don Jacinto en Cirila y Estanislao que se han quedado detrás de los demás.*) ¡Hola, hola, Estanislao y la descendencia... No os escondáis, que os he visto... ¿Qué tal está ese crío?

CIRILA.—Pues ya ve, tan majo...

DON JACINTO.—¡Qué raro!... ¡Con lo delicaducho que debía ser!...

ESTANISLAO.—¿Por qué, señor cura?

DON JACINTO.—Hombre, no lo esperabais hasta enero y ha vedo en septiembre...

ESTANISLAO.—Es que como esta no sabe sumar...

DON JACINTO.—Sumar no sabrá..., pero multiplica como los ánles... Pasado mañana temprano venís para que os case y os utice de paso ese producto... Y ahora me voy para dentro a r si está todo en orden...

CRISTINA.—Y nosotros a coger sitio para verlo bien...

(Entran en la iglesia don Jacinto y todos los pollos y niñas. lo quedan fuera el guardia que pasea y Gorito y Milagros, e se sientan en un banco.)

GORITO.—¿Has visto? ¡Como una seda!

MILAGROS.—¡Ya, ya! ¡Qué primos!

GORITO.—¡Pues ya era hora!... Porque dentro de ocho días e vence la letra que firmé a Quijada el usurero...

MILAGROS.—¿De mucho?

GORITO.—Cinco mil duros...

MILAGROS.—¿Y qué planes tienes?

GORITO. Por de pronto, confiarla...

MILAGROS.—Eso no parece difícil. La tienes chalaita...

GORITO.—¿Y a cuál no?

MILAGROS.—¿Y después?

GORITO.—Después... En cuanto tenga la pasta... ya veremos... tizá a América.

MILAGROS.—¿Con Merceditas?

GORITO.—Por supuesto.

MILAGROS.—Mira que esa mujer tiene un agujero en la mano.

GORITO.—Ya lo sé. Pero allí con dinero y un poco de suerte... puede uno defender... Y si vienen bien dadas...

MILAGROS.—¿Qué?

GORITO.—Nada... Que yo soy hombre de mundo y sé lo que igo que hacer... El primer dinero que me sobre se lo envío esta infeliz...

MILAGROS.—¡Chico, eres admirable, estás en todo!...

GORITO.—¿Verdad?

MILAGROS.—¿Pues sabes lo que te digo?

GORITO.—¿Qué?

MILAGROS.—Que eres un fresco.

GORITO.—¿Nada más?

MILAGROS.—Y que me están entrando remordimientos de lo e vamos a hacer...

GORITO.—¿Vamos?...

MILAGROS.—Sí, vamos... Porque al fin y al cabo yo te ayud

GORITO.—Hombre, un favor de estos... a un amigo como y me parece que no tiene importancia...

MILAGROS.—Eso crees tú. Pero desde que he conocido a es infeliz, como tú dices... tengo aquí dentro un nudo...

GORITO.—¿Tú escrupulosa?

MILAGROS.—Según para qué... Ya sé que no soy un modelo. ¡pero hay faenitas... que vamos!...

GORITO.—Hija, la vida es muy dura.

MILAGROS.—Los hay que achican a la vida...

GORITO.—¿Lo dices por mí?

MILAGROS.—¿Por quién quieres que lo diga? Mira, Gorito.. yo te aseguro...

GORITO.—Por lo que más quieras, cállate, que ya están aquí.

(Se oyen otra vez gritos de "¡Viva la novia!" Una bocina e auto. Y aparecen MARTIRIO, serena, con DON PASCUAL y SO CORRO, detrás FIDELA, la doncella. Las campanas de la igl sia tocan. Los chicos otra vez intentan rodear al grupo, con tenidos por el guardia. Salen de la iglesia los pollos y las ni ñas. Gente del pueblo, que pueden ser los aldeanos que han s lido en los otros actos. MODESTA, el ama del cura. La donce lla de Martirio, van llegando a la iglesia. Del interior viene un música de armonium.)

DON PASCUAL.—¡Qué! ¿Estamos listos?

GORITO.—Cuando usted quiera...

MARTIRIO.—Un segundo. Tengo que decir dos palabras a G rito...

GORITO.—Tú dirás...

MARTIRIO.—*(En voz baja.)* Gorito... ¿Tú no me has menti nunca?... ¿Me quieres como dices?...

GORITO.—¿Por qué me preguntas eso?...

MARTIRIO.—¡Contesta!...

GORITO.—*(Que está visiblemente turbado.)* ¡Qué cosas tiene mujer!... ¿Si no te quisiera, estaría aquí?...

MARTIRIO.—¿Estás seguro?

GORITO.—¿No he de estarlo?

MARTIRIO.—Bien... Entonces, vamos allá...

MILAGROS.—El padrino delante con la novia..., luego no otros...

(Don Pascual da el brazo a Martirio y entran. Luego Gori da el suyo a Milagros y siguen. Han entrado todos. A la pue ta la tía Casilda y el Guardia que se quedan dicendo desd fuera:)

CASILDA.—¡Qué maja está la iglesia!
GUARDIA.—Como que es una boda de rumbo...
CASILDA.—¿Son ricos los dos?
GUARDIA.—Dentro de un rato, sí...
CASILDA.—¿Es ella la del dinero?
GUARDIA.—Eso dicen...
(*Llega ISIDORIN un poco más compuesto que al final del rcer acto.*)
ISIDORIN.—(*Al guardia.*) ¿Y...a y...a...están dentro... los... ..novios?
GUARDIA.—Ya...
ISIDORIN.—¿Qu...e qu...e cara tenía ella?
GUARDIA.—La suya..., que yo sepa...
ISIDORO.—P...ero ¿a...legre o triste?
GUARDIA.—Nada de particular. Lo que se dice ni fu ni fa...
ISIDORIN.—G...racias... ap...reciable guindilla... (*Entra en la lesia.*)
CASILDA.—¡Sí que pregunta este joven unas cosas!...
GUARDIA.—(*Imitándole.*) Y... como... para... una... p...risa... *irando para adentro.*) Ya les van a echar la bendición...
(*De pronto se nota dentro de la iglesia un revuelo. Empiezan salir fuera los últimos qué entraron. Aldeanos, etc. Luego los llos, Isidorín, Marichu, Lola, Cristina, Ricardito. Todos muy itados. Sale un chico vestido de monaguillo y Fidela.*)
ISIDORIN.—(*A Ricardito y a las chicas.*) Ha d...icho que n...o... erdad que ha dicho que no?...
RICARDITO.—Claro que ha dicho que no...
CRISTINA.—Y hay que ver qué *no*...
LOLA.—(*Que se vuelve a asomar a la puerta.*) La sacan desayada...
MARICHU.—¿Qué habrá pasado?
FIDELA.—Eso es que mi señorita se ha arrepentido. Yo conocí ra señorita que le pasó lo que a la señorita... Y menos mal e la señorita lo ha pensado a tiempo... ¡Ay! Aquí la traen... 'obre señorita!
(*Los del pueblo hablan bajo comentando lo sucedido. Hacen dos sitio, porque apoyada en don Pascual y Socorro y medio smayada, sale Martirio seguida de Gorito, Milagros y don cinto, que trae puestos el roquete y la estola.*)
ISIDORO.—Una s...silla una silla (*Entra en la iglesia y sale n ella. La sientan a Martirio.*)
DON JACINTO.—Es un desvanecimiento... Ya se le va pasando...
DON PASCUAL.—Martirio, hija, ¿que te pasa?... ¿No te entras bien?

MARTIRIO.—(*Que ha vuelto a recobrar el conocimiento.*) ¿Q pasa?... ¿qué es esto? (*Se mira el traje, mira alrededor y pr gunta:*) ¿Qué sucede?... ¿Estoy casada?...

DON JACINTO.—No... todavía no... En el momento de pregu tarte si querías por esposo a Gorito... te ha dado un mareo

MARTIRIO.—Pero antes habré dicho que no. ¿Verdad que dicho que no?...

DON JACINTO.—Verdad..., pero hemos creído... que era equ vocadamente.

MARTIRIO.—(*Que se va animando.*) Pues no crean ustedes nad He dicho que no... y ahora repito que no... y mil veces di que no, si mil veces me lo preguntaran...

GORITO.—Pero, Martirio, ¿tú sabes lo que estás diciendo?

ISIDORIN.—B...ien... p...ero que muy bien...

MARTIRIO.—Tú, a callar... Escucha, Gregorio...

GORITO.—Yo, Martirio... siento tener que decirte...

MARTIRIO.—Tú, me oyes... ¡Tengo derecho a ello!... Tú te h aprovechado de la credulidad de una pobre mujer que no h bía oído jamás palabras de cariño, para mentírselas al oído hacerla creer que la traías la felicidad... Tú has fingido un qu rer que no sentías un día y otro, para llegar a este de hoy consumar ahí dentro una canallada...

GORITO.—Me estás ofendiendo, Martirio... ¿Qué he hecho para merecer esto de ti?...

MARTIRIO.—¿Que qué has hecho?... (*Como una leona.*) ¿ eres tú el que tiene una amiga que está esperando a estas hor que le lleves el precio de tu canallada?... ¿No eres tú el q la dices que esta cursi de Martirio..., esta cursi de Martir ¿me oyes?... te cree a pie juntillas... pero que el hijo de madre... no ha nacido para hacer fiestas a un loro semejant ¿No eres tú ese... hijo, y el loro yo?...

GORITO.—¡Martirio!... No basta acusar..., hay que probar e acusaciones...

MARTIRIO.—¿Pruebas?

GORITO.—Sí.

MARTIRIO.—Pues te las voy a dar... Para confundirte dela de todos... (*Saca la carta del pecho.*) Esta carta... ¿La co ces? Di...

GORITO.—¿Cómo está esa carta en tu poder?

MARTIRIO.—¿Qué más da?... Está, que es lo principal... E carta hace media hora que la llevo escondida aquí dentro. la prueba de lo miserable que puede ser un hombre que no h un cuarto de hora presumía de caballero... Y mira si será

pida, mira si será cursi esta infeliz de Martirio, que todavia traba en esta iglesia con la ilusión de que ocurriera algo, no qué, un milagro... que hiciera posible el seguirte queriendo... ro ya no puedo hacerme ilusiones... Ahora sólo te pido que vayas de aquí cuanto antes, porque estoy sintiendo que esta feliz, esta cursi... se está convirtiendo en una mujer ofendida paz de todo... y...

Don Jacinto.—Calma, Martirio, calma...

Martirio.—¡Calma!..., pero que se vaya...

Gorito.—Está bien... Me voy... Pero antes de irme tengo que cirte... que toda esta escena, si la creías necesaria, podíamos berla tenido en otro lado sin tanto público... y sin necesi- d de habernos puesto los dos en ridículo.

Martirio.—Eso es... Y tú en coche... Ya te he dicho que me ne sin cuidado el ridículo mío..., si lo hay... El tuyo es ás grande... Pero es lo menos que merecía la hazaña de un mbre de mundo como tú... ¡Vete!... y llévate a tu madrina stiza..., que también para ella hay lo suyo en esta cartita... me, tome, señora... o lo que sea... Entérese usted... (*La tira carta.*) Lo menos que le llama es ordinaria..., y puede que a lo único verdad que hay en la carta...

Gorito.—¿Sabes lo que te digo?

Socorro.—(*Precipitándose a él como una fiera.*) Tú no dices a palabra más, que desgraciadamente ya has dicho demasia- s. Tú te vas de aquí ahora mismo, sino quieres que te eche ... ¿Has oído?... Miserable..., ¡sinvergüenza!..., ¡cursi!...

Isidorin.—(*Que ha seguido a Socorro como para defenderla.*) señor..., eso es..., y si hace falta aquí estoy yo para decirle e es usted un mamarracho... (*La rabia no le deja hablar.*)

Gorito.—(*Fingiendo serenidad y queriendo bromear.*) Vámo- s, Milagros..., que me está dando mucho miedo ese hombre..., usteedes ya me las pagarán..., todos... ¡Porque estas escenitas ra el Callado... bueno..., pero aquí, vamos, es que no hay recho! (*Coge del brazo a Milagros y salen.*)

(*Poco a poco, hablando bajo, van desfilando la mayor parte los personajes. Martirio, deshecha, se desploma llorando en s brazos de su padre. Socorro, las demás chicas y Don Jacin- la rodean. Isidorín, nerviosísimo, espera.*)

Martirio.—¡Ay, Pascualuco de mi alma!... ¡Qué desgraciada y!... ¡No ha visto usted, don Jacinto!... ¡Qué mala pata la ía!... Para un vez que tenía en mi vida un querer, irlo a po- r en ese charrán... Si me lo daba el corazón... Si yo no he na- lo para ser feliz... Si cuando me ponía esta mañana este

traje, no me parecía que me estaba vistiendo..., sino que n estaba disfrazando... Y usted, padre, quítese ese roquete q de verle así me dan mareos, me parece que me quiere ust casar a la fuerza...

DON JACINTO.—Descuida, hija mía, que no te caso... Ahora, mejor que puedes hacer es ir a casa...

MARTIRIO.—¿Qué más da?... Vamos donde ustedes quieran. a casa... o a tirarme al río de cabeza... Para mí, después esto... ya no hay ilusiones, ni felicidad..., ni nada...

ISIDORIN.—(*Acercándose a ella.*) N... o..., no digas eso..., yo estoy a... quí...

MARTIRIO.—(*Mirándole.*) ¿Tú?..., ¿eh?... Tú tienes la culpa todo... Si no tu hubieras metido donde no te llamaban..., estas horas...

ISIDORIN.—¿C... como p... puedes decir eso?... ¿No compre des, Martirio, que ha sido p... por tu bien?

MARTIRIO.—Tienes razón... Perdona... No sé ni lo que digo A ti te deberé siempre... que no se haya salido con la suya ese..., ese...

DON PASCUAL.—(*Llevándola.*) Vamos, hija, vamos...

MARTIRIO.—Vamos, Pascualuco... Vaya un día de bod ¿eh?... (*A los pollos y chicas.*) Y vosotros perdonad este mit que hemos dado... (*Con lágrimas en la voz.*) Ha sido sin qu rer... Mejor dicho..., queriendo..., pero sin querer..., Isidorín. ven aca... Dame tu brazo... Si vieras que agradecida te esto (*Van saliendo.*)

ISIDORIN.—P... pues con eso... sólo..., estoy yo más que p gado de l... lo que he hecho por ti...

MARTIRIO.—¿De veras..., Isidorín?...

ISIDORIN.—De veras..., l... lo que te pido en cambio es favor...

MARTIRIO.—Tú dirás...

ISIDORIN.—Q... que no vendas ese traje que llevas puesto

MARTIRIO.—¿Por qué?...

ISIDORIN.—P... porque seguramente te va a hacer falta el d de mañana...

MARTIRIO.—(*Más repuesta, ruborosa.*) Qué cosas dices..., I dorín... Qué cosas dices... No quiero ni pensarlo.

ISIDORIN.—Pues tienes que irlo pensando, porque sino, que se muere soy yo...

(*Han salido todos. Sólo quedan en escena Don Jacinto a puerta de la iglesia, el monaguillo y el guardia. Don Jacinto pe sativo ve marchar a los que han salido. Se oye un auto q se va.*)

MODESTA.—Qué vida ésta, señor cura...
DON JACINTO.—Ya..., ya... ¡Qué vida esta!... ¡Los designios del Señor son inexcrutables!
MODESTA.—¿Y eso qué quiere decir?...
DON JACINTO.—Eso quiere decir, en castellano, que no acaba de desbaratarse una boda y ya veo cernirse otra en lontanza...
MODESTA.—¿De quién, don Jacinto?...
DON JACINTO.—¿Eres capaz de guardar un secreto?...
MODESTA.—Sí, señor cura...
DON JACINTO.—Pues yo también...
(Da media vuelta y se mete en la iglesia, mientras cae el

TELON

LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

EDITORIAL ESTAMPA-PASEO DE SAN VICENTE, 18-MADRID

NUMEROS PUBLICADOS

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 cts.

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Cadenas y G.-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de los Hnos. Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Sevilla y Carreño.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE..., de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honcrio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romero y Fernández Shaw.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Linares Rivas.
42. HERNANI, de los hermanos Machado y Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Sevilla y Carreño.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.

47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, de Ramos de Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José María Yela.
LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52 MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoi.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Benavente, y SONATA, de Viu.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de González del Castillo y M. Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de El pastor poeta.
58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artis.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60 LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de Jose Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DEL REY, de Cadenas y Gutiérrez-Roig
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Rivas
69. LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castillo.
70. EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena.
71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
72. ¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández
73. ORO MOLIDO, de Federico Oliver.
74. DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO..., de Paso y Estremera.
75. LAS HILANDERAS, de Federico Oliver.
76. HILOS DE ARAÑA, de Manuel Linares Rivas.
77. ¡MIRA QUE BONITA ERA...!, de Francisco Ramos de Castro
78. CUENTO DE ALDEA, de Luis Fernández Ardavín.
79. UNA MANO SUAVE, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80. ¿QUIEN TE QUIERE A TI?, de Luis de Vargas.
81. ¡AL ESCAMPIO!, de El pastor poeta.
82. LO IMPREVISTO, de Francisco de Viu.
83. EL CLUB DE LOS CHIFLADOS, de Cadenas y Gutiérrez Roig
84. LA SANTA, de Luis Fernández Ardavín y Valentín de Pedro
85. LOS CLAVELES, de Sevilla y Carreño.
86. EL SOLAR DE MEDIACAPA, de Carlos Arniches.
87. EL SOFA, LA RADIO, EL PEQUE Y LA HIJA DE PALOMO
QUE, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
88. EL ROSARIO, de Florencia L. Barclay y A. Bisson.
89. LA DAMA DEL ANTIFAZ, de Charles Méré, traducción de Cristóbal de Castro.
90. NOCHE DE CABARET, de Antonio Paso y Antonio Estremera
91. LA PRISIONERA, de Bourdet, trad. Cadenas y G.-Roig.
92. UNA FARSA EN EL CASTILLO, de Molnar, trad. de Lepina
93. ¿QUE TIENES EN LA MIRADA?, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
94. PEPA DONCEL, de Jacinto Benavente.
95. EL FANTASMA DE CANTERVILLE, de Oscar Wilde.
96. LA CASA DE LA TROYA. de Linares Rivas y Pérez Lugín
97. LA NIÑA DE PLATA, de Lope de Vega, refundición de Antonio y Manuel Machado.
98. NAPOLEON EN LA LUNA, por Navarro y Sáez.
99. ADAN Y EVA, por Pilar Millán Astray.
100. LA DAMA DEL MAR, de Ibsen, versión española de Cristóbal de Castro.
101. ROMANCE, adaptación española de A. Fernández Lepina.

102. EL ABOLENGO, de Manuel Linares Rivas, y DUO, de Paulino Masip.
103. AMO A UNA ACTRIZ, de Ladislao Fodor, traducción de Enrique de Rosas.
104. PARA EL CIELO Y LOS ALTARES, de Jacinto Benavente.
105. DON FLORIPONDIO, de Luis de Vargas.
106. EL CARDENAL, de Luis N. Parker, adaptado a la escena española por Manuel Linares Rivas y Federico Reparaz.
108. LA ARAÑA DE ORO, de Orsler y Brentano, versión castellana de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
109. LA LOBA, de Ceferino R. Avecilla y Manuel Merino.
110. ¡ATREVETE, SUSANA!, de Ladislao Fodor, traducida del húngaro por Tomás Borrás y Andrés Révész.
111. EL DIFUNTO ERA MAYOR, de Luis Manzano Mancebo.
112. HAN MATADO A DON JUAN, de Federico Oliver.
113. SIXTO SEXTO, por Antonio Paso y Antonio Estremera.
114. LA LOLA SE VA A LOS PUERTOS..., por M. y A. Machado.
115. ¡MALDITA SEA MI CARA!, por Magda Donato y Antonio Paso.
116. LO QUE DIOS DISPONE, de Muñoz Seca.
117. PARA TI ES EL MUNDO, de Carlos Arniches.
118. ORIENTE Y OCCIDENTE, de W. Somerset Maugham.
119. ESTUDIANTES Y MODISTILLAS, de Antonio Casero.
120. VOLPONE, de Ben Jonson.
121. EL ALFILER, de Pedro Moñoz Seca.
122. SER O NO SER, de Rafael López de Haro.
123. MARIA VICTORIA, de Manuel Linares Rivas.
124. EL GATO Y EL CANARIO, de John Willard, traducida por José Luis Salado y F. Pérez de la Vega.
125. LA AVENTURA DE IRENE, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
126. ¿QUE DA USTED POR EL CONDE?, de Antonio Paso y Camilo Sáez.
127. MAYA, de Simón Gantillón, traducción de Azorín.
128. EL NEGRO QUE TENIA EL ALMA BLANCA, de Insúa y Oliver.
129. ELLA O EL DIABLO, de Rafael López de Haro.
130. EL CUATRIGEMINO, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
131. LOS TRES MOSQUETEROS, de Ardavín y Valentín de Pedro.
132. CUANDO EMPIEZA LA VIDA, de Linares Rivas.
133. ¡LA CONDESA ESTA TRISTE!..., por Carlos Arniches.
134. MANOS DE PLATA, por Francisco Serrano Anguita.
135. DE CUARENTA PARA ARRIBA..., de Antonio F. Lepina y Ricardo G. del Toro.
136. FABIOLA O LOS MARTIRES CRISTIANOS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
137. PELELES, de Francisco de Viu.
138. ANFISA, de Leonidas Andreiev.
139. EL PROTAGONISTA DE LA VIRTUD, de Manuel D. Benavides.
140. EL RUISEÑOR DE LA HUERTA, de El pastor poeta.
141. ¡CONTENTE, CLEMENTE!, de Antonio Paso.
142. EL ALMA DE LA ALDEA, de Linares Rivas y Méndez de la Torre.
143. EL MILLONARIO Y LA BAILARINA, de Pilar Millán Astray.
144. LA HIJA DE JUAN SIMON, de José María Granada y Nemesio M. Sobrevila.
145. EL CONDENADO POR DESCONFIADO, de Tirso de Molina, arreglo de los Hnos. Machado.
146. LA EDUCACION DE LOS PADRES, de José Fernández del Villar.
147. LA MALA MEMORIA, de Abati y García Alvarez, y LA CUNA, de Linares Rivas.
148. LA ROSA DEL AZAFRAN, de Romero y Fernández Shaw.
149. SHANGHAI, de John Colton, traducción de A. Mori.
150. SATANELO, de Pedro Muñoz Seca.

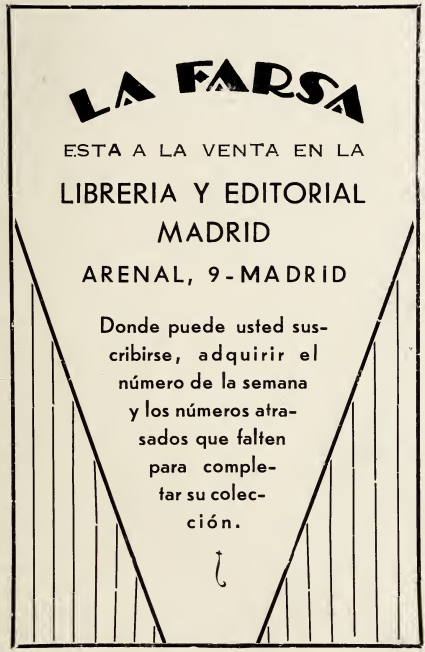
151. CASANOVA, de Loran Orbok, traducción de F. de Viu.
152. SEIS PESETAS, de Luis de Vargas.
153. LA SOMBRA, de Darío Niccodemi.
154. LOS POLLOS "CAÑON", de José Fernández del Villar.
155. LA MAR Y SUS PECES, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
156. LA MUJER DESNUDA, de Henri Bataille, traducción de Tulio Sarca.
157. LA CARCEL MODELO, de Carlos Arniches y Joaquín Abati.
158. TRIANERIAS, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
159 EL SEPTIMO CIELO, de Austin Strong, traducción de Antonio F. de Madrid.
160. OLIMPIA, de Franz Molnar, traducción de Tomás Borrás y Andrés Revesz.
161. PAPA GUTIERREZ, de Francisco Serrano Anguita.
162. EL CRIMEN DE JUAN ANDERSON, de Annie Wisse, adaptación de Juan G. Olmedilla e Ignacio Rodríguez Grahit.
163. "K-29", de López de Haro y Gómez de Miguel.
164. LA ESPADA DEL HIDALGO, de Luis Fernández Ardavín.
165. DON ESPERPENTO, de Joaquín Abati y Valentín de Pedro.
166. LA DANZARINA ROJA, de Charles-Henry Hirsch, traducción de Lepina y Burgas.
167. SIEGFRIED, de Jean Giraudoux, traducción de Díez-Canedo.
168. LA CALLE, de Elmer L. Rice, traducción de Juan Chabás.
169. EL TONTO MAS TONTO DE TODOS LOS TONTOS, de Antonio Paso y Tomás Borrás.
170. EL AMANTE DE MADAME VIDAL, de Luis Verneuil.
171. LA PERULERA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
172. ¡CASATE CON MI MUJER!, de Ladislao Fodor, adaptación española de Tomás Borrás.
173. ME LO DABA EL CORAZON, de Honorio Maura.

Número próximo:

LA VIEJA RICA

de

FERNANDEZ DEL VILLAR


LA FARSA
ESTA A LA VENTA EN LA
LIBRERIA Y EDITORIAL
MADRID
ARENAL, 9-MADRID
Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que falten para completar su colección.

ME LO DABA EL CORAZON

De izquierda a derecha: Socorro (C...

RIVADENEYRA, S. A. - MADRID